

# ¡CUIDADO CON LA PLUMA!

## LOS MANUALES EPISTOLARES EN EL SIGLO XX

VERÓNICA SIERRA BLAS\*

*Para Emilio Torné*

### 1. PRELIMINARES

Las palabras se las lleva el viento, dice el vulgo; y lo escrito queda, añade. Nada más cierto. Lo escrito queda, y por ello nunca debe recomendarse demasiado que se reflexione antes de escribir algo que pueda tener importancia, si no momentáneamente en cualquier instante de nuestra vida. Una frase hablada se olvida, se rectifica, puede, incluso, negarse su veracidad; pero si la frase ha sido escrita, tiene el valor de un testimonio irrefutable. Una carta es un hecho, y tiene todas sus características. ¡Tened cuidado! Una frase imprudente puede constituir la desgracia de una mujer. ¡Cuántas han tenido que arrepentirse durante toda la vida de unas líneas, escritas en un momento de extravío! ¡Cuántas otras darían años de su vida por poder destruir unas palabras que, tal vez, brotaron del alma, pero luego amenazan con el deshonor...! ¡Cuidado con la pluma! Lo que con ella escribimos puede un día volverse contra nosotros, contra nuestra felicidad, contra nuestro buen nombre y la felicidad de los seres que amamos<sup>1</sup>.

**L**A primera vez que leí este fragmento del manual epistolar que en 1943 Agustín Chasseur Millares, bajo el pseudónimo de Harmency, publicó con el título *Cómo debe escribir sus cartas la mujer*, editado en Barcelona por Barto-

\* Universidad de Alcalá, verox22@hotmail.com

Una versión de este artículo fue leída en el Seminario LITTERAE VII el 17 de diciembre de 2003.

<sup>1</sup> Agustín Chasseur Millares (Harmency), *Cómo debe escribir sus cartas la mujer*, Barcelona: Bartolomé Bauzá, 1943, pp. 8-9.

LITTERAE. *Cuadernos sobre Cultura Escrita*, 3-4 (2003-04), pp. 281-325.

lomé Bauzá, y al comprobar después que su advertencia se repetía de unos manuales a otros en el transcurso de mi investigación, independientemente de sus destinatarios y sus autores, de sus fechas de publicación y sus características materiales, pensé en cómo desde antiguo ha sido constante el celo y el temor con el que se ha contemplado la producción escrita propia de cada tiempo y de cada sociedad, máxime si ésta procede del ámbito privado y de manos femeninas. Pensé también que si nos paramos a reflexionar sobre este hecho no ha habido momento en la historia en el que no se haya vigilado, controlado, regulado, prohibido, censurado, guardado, escondido o destruido la escritura, tanto manuscrita como impresa. Muchos son los ejemplos que podríamos traer a colación en estas líneas, desde los rollos de papiro más antiguos hasta los libros y documentos de nuestro propio tiempo. Desde, por ejemplo, el testimonio más antiguo que se conoce, aquel que el historiador Leo Löwenthal sitúa en el año 220 a. c. cuyo protagonista no es otro que el emperador chino Shih Huang-ti, quien mandó destruir todos los escritos de Confucio y otros filósofos e historiadores<sup>2</sup>, hasta nuestra Historia actual donde hemos sido testigos de cómo Israel ha destruido por sus intereses políticos, económicos y territoriales los contratos y otros documentos de propiedad de los palestinos sobre las tierras ocupadas.

Todo ello, claro está, pasando por otros hitos como el de la Inquisición, que junto a su conocido *Índice de Libros prohibidos*, publicado por vez primera en 1559, incautaba también los escritos personales, privados e íntimos para utilizarlos junto a los libros y los testimonios de las lecturas de éstos como pruebas de delito de los procesados. Como incautados fueron también, y no debemos olvidarlo, miles de cartas, memorias, diarios y escritos personales por parte del que fuera el principal órgano represor al servicio de la dictadura franquista, la denominada Causa General, empleando estos escritos igualmente como pruebas inculpativas contra los miles de hombres y mujeres corrientes que los escribieron y que fueron objeto de la represión, víctimas de las prisiones, los campos de concentración y los fusilamientos. Eso me hace pensar también muchas veces, cuando intento buscar este tipo de documentación, fundamentalmente cartas privadas que constituyen la base de mi investigación, que tal vez sea por toda esta historia por lo que tantas y tantas personas aún hoy destruyen o guardan, guardamos, nuestros escritos más íntimos y privados bajo llave o en los lugares más insospechados. Y lo hacemos porque en el fondo el temor a ser descubiertos continúa, porque el miedo a que nuestros secretos, nuestros sentimientos y nuestras ideas sean leídos por lectores no invitados nos asusta. Y como bien dice el fragmento que sirve de inicio a estas páginas, lo que está

2 Leo Löwenthal, *I roghi dei libri. L'eredità di Calibano*, Génova: Il Melangolo, 1991, p. 23.

escrito queda fijado para siempre superando lo efímero de la palabra, de ahí el cuidado con el que todo el que toma una pluma entre sus manos debe proceder, porque lo que escriba ya no lo podrá cambiar jamás a no ser que lo destruya.

¿Pero qué tiene todo esto que ver con los manuales epistolares de la España del siglo XX? Pues mucho. De hecho, es una de las bases para entender los usos, las funciones y los significados de estos manuales, para comprender su origen, su éxito y su evolución. Como bien ha señalado Roger Chartier, una de las eternas dicotomías que se establecen en el mundo de lo escrito es la que tiene lugar entre la teoría, lo permitido, lo regularizado, y la práctica, es decir, la interpretación de lo permitido que cada uno hace y su trasgresión en función de lo que quiere comunicar y las circunstancias que el tiempo histórico le impone al escribir; o lo que es lo mismo, la relación entre la práctica y la representación<sup>3</sup>. En esa tensión entre lo que el individuo estima y la sociedad le impone se sitúa precisamente el estudio de los manuales epistolares en cuanto libros que difunden las normas y los modelos de la escritura epistolar y sirven como apoyo indiscutible para el aprendizaje e interiorización de la misma. Los manuales de correspondencia han sido a lo largo de la Historia una de las respuestas más evidentes al uso generalizado de la carta. Fueron creados con el fin de regularizar dicha práctica de escritura y junto a otros textos contemporáneos orientados al aprendizaje de los caracteres gráficos, las tipologías o los instrumentos del escribir, promovieron toda una política de la escritura que varía según cada momento histórico<sup>4</sup>.

Aunque en un principio fueron obras fundamentalmente destinadas a las gentes de letras y a los profesionales del mundo de lo escrito (a los secretarios, a los escribanos y notarios, etcétera), a medida que la necesidad de escribir cartas fue impregnando todas las parcelas de la sociedad y nuevas clases sociales accedieron a su práctica —proceso este del crecimiento de la alfabetización cuyos inicios hemos de situar en la Edad Moderna y cuyo apogeo coincide con la denominada «democratización de lo escrito», en palabras de Armando Petrucci<sup>5</sup>—, el manual se fue popularizando y varió su materialidad y su contenido para amoldarse a las características de su nuevo público. La demanda de

3 Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona: Gedisa, 1992.

4 Antonio Castillo Gómez, «Del tratado a la práctica. La escritura epistolar en los siglos XVI y XVII», en *La correspondencia en la Historia. Modelos y prácticas de la escritura epistolar*, *Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita*, eds. Carlos Sáez y Antonio Castillo Gómez, Madrid: Calambur, 2002, vol. 1, p. 83 (Biblioteca Litterae, 3).

5 La teoría de la «democratización de lo escrito» aparece expuesta en Armando Petrucci, *Scrivere e no. Politiche della scrittura e analfabetismo nel mondo d'oggi*, Roma: Editori Riuniti, 1987.

estos nuevos lectores sacó el libro de las estanterías de los eruditos, clérigos y pudientes, y lo llevó a la calle, a los puestos ambulantes y a los quioscos. El manual se hizo así accesible a todos —«La corrispondenza per tutti» los denomina la autora italiana Luisa Tasca— y conocer las normas de la escritura epistolar llegó a equipararse con vivir de acuerdo a un código social establecido que quedaba fijado por escrito en sus páginas. Los manuales encerraban algo más que normas y modelos para aprender a escribir las cartas o ayudar a redactarlas a los que ya habían aprendido pero aún les faltaba práctica para escribir por sí solos. A través de esos modelos y esas normas, el manual transmitía también las convenciones, lo socialmente aceptado, las distintas categorías sociales reflejadas en las diferencias de tratamientos, saludos y despedidas, y el ambiente y las situaciones que los modelos recrean en sus temáticas en virtud de la pertenencia a una u otra clase social.

Por todo ello he elegido este título para el texto, porque considero que esa advertencia que se repite en los manuales, ese «¡Cuidado con la pluma!», está cargado de múltiples significados. Cuidar la expresión, la letra y la apariencia del escrito, elegir el modelo adecuado a cada situación y persona, dirigirse al destinatario en los términos correctos dependiendo de su rango o clase social, conocer las costumbres y las convenciones de la sociedad en la que uno vive para así poder situarse en una u otra parte del entramado social. Reglas todas ellas que tratan de homogeneizar y regular la escritura de cartas y, al mismo tiempo, advertir sobre los peligros en los que se puede caer si quien escribe no las tiene en cuenta. Al fin y al cabo el manual epistolar no es más que otro de los muchos medios empleados para disciplinar lo cotidiano y para controlar la producción escrita. Pero junto a esta dimensión debemos ser capaces también de concebir al manual desde otras dos perspectivas. Por un lado, como reflejo de la realidad de una sociedad específica, la sociedad en la que cada autor escribe una carta y el destinatario la lee; y por el otro, como he señalado ya anteriormente, como un mirador desde el que observar esa eterna tensión entre la teoría y la práctica.

## 2. UNA MIRADA A LA PRODUCCIÓN EDITORIAL

Una vez introducido el tema en cuestión quisiera que nos situásemos cronológicamente. He titulado el trabajo como los manuales epistolares en el siglo XX, pero en realidad vamos a centrarnos en un espacio de tiempo de apenas 20 años, el que va de 1927 a 1945. No quiero por ello que pensemos que lo que vamos a analizar sólo corresponde de manera exclusiva a esos años, ni mucho menos, sino que lo veamos como una cata, como el reflejo de una realidad más amplia de la que escogemos un tramo, pero eso sí, un tramo en

el que se condensan las características de todo un siglo. Y si he elegido este período de nuestra historia es porque me pareció interesante la idea de poder analizar desde las páginas del manual los diferentes cambios que acontecen en la sociedad española en estos años convulsos, al compás de las distintas formas de gobierno y las tensiones sociales que se van sucediendo desde 1927, año en que comienza el directorio civil de la Dictadura de Primo de Rivera, pasando por la Segunda República y la Guerra Civil, hasta la posguerra y los primeros años del régimen franquista. Entre esos años que van de 1927 a 1945, por hablar un poco de números, se publican en España 92 manuales de cartas, de los que sólo 19 son realmente primeras ediciones y 73 reediciones o reimpressiones de manuales anteriores. Así dicho no parece nada relevante, pero si tenemos en cuenta que entre 1900 y 1920 se publican en Italia 50 manuales de correspondencia y entre 1848 y 1899 el número estimado es de 163, según ha estudiado Luisa Tasca<sup>6</sup>; o que mismamente en Francia son 195 los títulos de manuales de cartas que aparecen en el período que va de 1830 a 1899, según los datos ofrecidos por Cécile Dauphin<sup>7</sup>; es evidente que el caso español no se queda atrás en el asunto de la producción, que el fenómeno de los manuales epistolares no es exclusivo de Italia o de Francia, y que, por lo tanto, los manuales españoles merecen igualmente una atención y un estudio.

El elenco de las editoriales que coparon el mercado de estos libritos asciende a 37, pero bien es cierto que la mayoría de ellas no dieron a las prensas más de uno o dos títulos y que la distribución geográfica de las editoriales de manuales es por lo general poco homogénea y depende siempre de las distintas evoluciones de la industria y de las diversas estrategias editoriales que se seguían en unas u otras zonas. Sólo las casas barcelonesas Elzeviriana y Librería Camí, con 12 manuales, y Bartolomé Bauzá y Dalmáu Carles Plá y Compañía, ambas con 9, rompieron esa tónica general<sup>8</sup>. Eso ya nos ofrece nuevas pistas en el panorama editorial de los manuales de cartas. La primera que es en Barcelona donde se concentra la producción de este tipo de libros, en total representa el

<sup>6</sup> Luisa Tasca, «La corrispondenza «per tutti». I manuali epistolari italiani tra Otto e Novecento», *Passato e presente. Rivista di Storia contemporanea*, 55 (2002), pp. 139-158 (cita en p. 140).

<sup>7</sup> Cécile Dauphin, «Prête-moi ta plume». *Les manuels épistolaires au XIXe siècle*, París: Kimé, 2000, p. 22.

<sup>8</sup> Para ampliar los datos acerca de la producción editorial de los manuales de cartas, como cualquier otro de los aspectos tratados a lo largo de este trabajo, puede consultarse Verónica Sierra Blas, *Aprender a escribir cartas. Los manuales epistolares en la España contemporánea (1927-1945)*, Trea: Gijón, 2003.

47% (es decir 43 de los 92 manuales), siguiéndole en número Madrid con un total de 22 manuales. Y la segunda, que estas editoriales que acabo de citar, y en realidad la gran mayoría de las casas editoras de manuales, son conocidas en este momento fundamentalmente por su especialización en la publicación de libros escolares.

Pero la parte que más me interesa de la producción de los manuales es, sin duda, la evolución que evidencian las fechas de publicación de los mismos, como bien muestra el siguiente gráfico (GRÁFICO 1). Como se puede observar hay dos momentos de crecimiento significativos. El primero se sitúa en los años de la Guerra Civil, siendo especialmente notorio en 1937, y el segundo en la inmediata posguerra, tras el vacío que supone el año 1940, en concreto el período que va de 1941 a 1944. El crecimiento de la producción editorial en ambos momentos ha de relacionarse, por un lado, con las particularidades de la industria editorial en ambos períodos y la evolución de los diferentes ciclos editoriales que pueden observarse (recordemos que un libro tiene una existencia limitada); y por el otro, con la extensión de la carta como práctica de escritura necesaria en circunstancias difíciles en las que se erige como hilo capaz de mitigar el dolor de la distancia, como espacio donde encontrar consuelo y, en fin, como instrumento que sirve de refugio para uno mismo, para salvaguardar y afirmar la propia identidad, tal y como ocurrió en la guerra y la posguerra españolas.

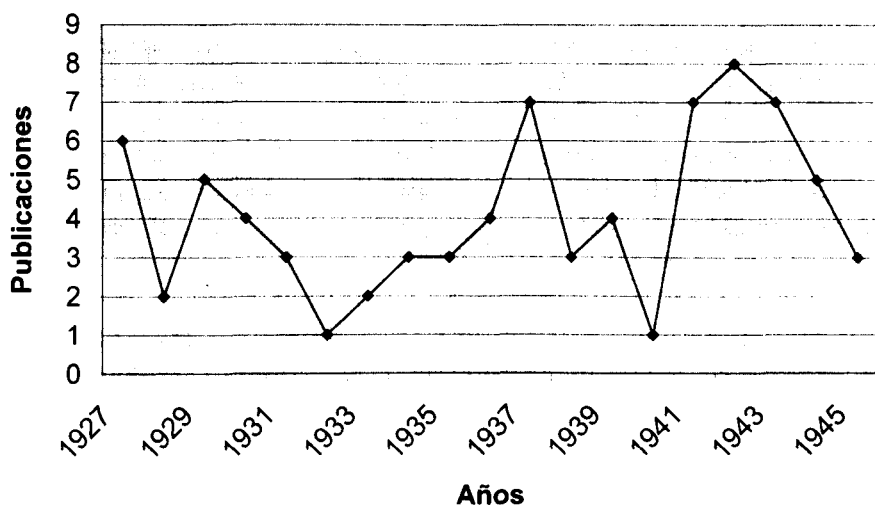


GRÁFICO 1. Producción de manuales epistolares en España, 1927-1945.

### 3. NUEVOS FORMATOS PARA NUEVOS PÚBLICOS: LA DIFUSIÓN Y LA MATERIALIDAD

Desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX el libro pasó de ser un símbolo de distinción y cultura, por lo general de difícil acceso y elevado precio, reservado por lo tanto a unos pocos, a integrarse lentamente en el tejido social y convertirse en un elemento de uso cotidiano. Las transformaciones técnicas —motivadas por la producción industrial— y la pluralidad de la demanda —derivada del considerable aumento de la alfabetización (no está de más recordar que mientras que en 1869 sólo el 22% de la población española está alfabetizada, en 1930 el porcentaje asciende hasta llegar al 66%)<sup>9</sup>—, posibilitaron que aconteciese toda una revolución en las formas del libro y en los mecanismos de venta y de difusión. El negocio editorial se proyectó hacia nuevos públicos y consecuencia de esta proyección fueron las grandes tiradas, los bajos precios y la reducción considerable del tamaño del libro, que adoptó la forma de lo que hoy conocemos como libro de bolsillo. Estas nuevas formas introdujeron al mismo tiempo un cambio sustancial en las maneras de leer, en las modalidades de lectura.

Como en su día afirmó Donald F. McKenzie la forma material del libro, su propia morfología, se desvela como algo más que un mero soporte: su aspecto remite a una época, a una estética, a unos intereses, a unas condiciones económicas y de mercado<sup>10</sup>. Eso es lo que ocurre precisamente con los manuales epistolares, que su propio aspecto, su formato en octavo (cuando no adoptan la forma de un folleto), su bajo precio —que suele ir de los 30 céntimos a las 12 pesetas—, y las tiradas, que suelen rondar por lo general los 20.000 ejemplares; todas estas características y muchas otras hacen que los podamos insertar en este momento de cambio, en esta revolución del libro y la lectura que tiene lugar a finales del siglo XIX y que empieza a tomar cuerpo en el primer tercio del XX.

Evidentemente todos estos cambios afectaron también al aparato de difusión del libro, que tuvo que recurrir a nuevos mecanismos para poder cubrir y satisfacer una demanda sin precedentes. Éstos se dejaron notar en la forma y los lugares de venta, pero igualmente en las estrategias editoriales que se llevaron a cabo con este fin de satisfacer al nuevo público. Aparte de las librerías

<sup>9</sup> Datos tomados de la obra de Mercedes Vilanova Ribas y Xavier Moreno Julià, *Atlas de la evolución del analfabetismo en España de 1887 a 1981*, Madrid: CIDE; Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1992.

<sup>10</sup> La teoría acerca de la materialidad de los textos aparece expuesta en la amplia producción científica de este autor, como, por ejemplo, en Donald F. McKenzie, *Bibliographie and the Sociology of texts*, Londres: The British Library, 1986.

y de los puntos de venta habituales, cobraron ahora un gran impulso los buhoneros, los editores que vendían directamente los libros al particular, los puestos de venta marginales y ambulantes y, fundamentalmente, los quioscos, que se convirtieron en los principales distribuidores de los libros populares, como lo fueron los manuales. Un bonito ejemplo de cómo se vendían éstos lo encontramos en el libro de José Pardo Asso, quien escribe bajo el pseudónimo de Oscanio, titulado *El soldado y el amor. Cartas emotivas*, publicado en Zaragoza en el año 1938. En él nos cuenta el autor la historia de un soldado que escribe a varias chicas para proponerles que sean sus madrinan de guerra, un tema en el que entraremos después con calma, y en el fragmento que he seleccionado dice así:

Escribió a catorce y a todas lo mismo, copiando una carta que escribió Don Paco y la venden en los quioscos; hasta por la calle la ofrece «El Curruca», a la vez que vende cacahuets y dulces, estampas, agujas y otras baratijas. A todas les dice que, si lo amadrinan, su valor sería risa ante la muerte, viéndose acogido por una señorita tan bella y tan buena, cuyo amor haría su mayor consuelo para las fatigas que la Patria ha de soportar [...] No todas contestan a estas cartas, que son como espuma; saben que es Don Paco el autor de ellas; pero nunca falta alguna que las toma a veras viendo que les abren las puertas del cielo que ven en su ilusión. ¡Debe ser tan fino el soldado que escribe...! ¡Amará tan tierno...! ¿Cómo no ampararlo? Sería insensible, de hielo, mi pecho<sup>11</sup>.

Un fragmento que, desde luego, es significativo y bonito por los datos que de él podemos extraer. En primer lugar esa venta del manual, cuyo autor en este caso es un tal Don Paco, algo que no debe resultar extraño pues siempre son nombres muy sencillos, tanto los de los pseudónimos de los autores como los que aparecen a modo de firma en los modelos que los manuales ofrecen. El soldado puede encontrar ese manual en los quioscos, pero igualmente puede comprárselo a «El Curruca», que no es sino un vendedor ambulante que, como se nos explica, junto a todos los objetos que ofrece, lleva también modelos de cartas. Pero el fragmento nos informa de algo más que ya no tiene que ver con los mecanismos de venta, sino con el nivel de difusión que alcanzaron estos libros. El autor nos dice que no todas las mujeres contestan a las cartas porque saben que el soldado las ha copiado de ese manual en concreto, un manual que circula, que difunde unos modelos que muchas reconocen cuando los ven copiados sobre el papel, aunque para otras la copia pase desapercibida.

<sup>11</sup> José Pardo Asso (Oscanio), *El soldado y el amor. Cartas emotivas (sentimiento e ilusión)*, Zaragoza: Hogar Pignatelli, 1938, pp. 12 y 15.



Junto a las características de venta y difusión nacen también diversas estrategias editoriales destinadas a satisfacer esa amplia demanda y ese nuevo público. Una de esas estrategias que ya tiene sus inicios a finales del siglo XIX es la especialización editorial, que se manifiesta fundamentalmente en el nacimiento de las colecciones de libros. Cuando me he referido antes a la producción he señalado que la gran mayoría de las casas editoras de manuales de cartas son conocidas en este momento fundamentalmente por su especialización en la publicación de libros escolares. Debemos tener en cuenta que el libro escolar fue cobrando protagonismo y llegó a convertirse en el género más extendido y que, por ello, que los manuales se inserten en el mercado del libro escolar, al igual que muchos otros manuales prácticos lo hicieron, es un hecho a tener en cuenta al analizar sus características formales y de contenido, pues la huella del libro escolar va a estar siempre presente en sus páginas, independientemente de si sus destinatarios son o no los niños.

En este sentido, para analizar el auge y el impacto de las colecciones, puede resultar interesante el ejemplo que nos proporciona la editorial Cisne, que le ofrece al público alrededor de la década de los años 40 una colección de 4 manuales epistolares (FIG. 1). La colección de los *Manuales Cisne* nace como consecuencia del éxito alcanzado por el primero de estos manuales de cartas que dicha editorial publica, titulado *200 modelos de cartas*, del que llegó a imprimir ni más ni menos que nueve ediciones en un espacio de tiempo muy corto. Los manuales de cartas formaban parte así de colecciones, muchas de ellas como ésta de la editorial Cisne que se especializaban en un tipo concreto de libro (en este caso en los propios manuales epistolares), pero también de muchas otras que se caracterizaban por agrupar un conjunto de obras prácticas y diversas, de libros de consulta, de ayuda o de primera necesidad, en las que los manuales de cartas aparecen junto a manuales de electricidad, de cocina, de primeros auxilios, de jardinería, de contabilidad, o bien junto a las enciclopedias, los compendios de ortografía, los libros de lectura escolares, etcétera.

Y aprovechando este mismo ejemplo de la editorial Cisne entramos en el último de los aspectos importantes a tener en cuenta sobre la difusión de los libros en este momento y las nuevas estrategias de venta: la publicidad. Los

**MANUALES CISNE**

El éxito alcanzado por estos MANUALES no tiene precedente y podemos calificarlo de apoteósico. Vista la favorable acogida que los ha dispensado al público, especialmente al que titulamos los **MODELOS DE CARTAS**, del que hemos hecho nueve ediciones en muy poco tiempo, decidimos hoy lanzar a la estampa

**3 NUEVOS MANUALES DE CARTAS**  
que titulamos:

**SECRETARIO DE LOS AMANTES**  
(NOVISIMO CORREO DEL AMOR)

**CARTAS DE AMOR, DE ODIOS Y DE TERNURA**

**DECLARACIONES DE AMOR Y ARTE DE ENAMORAR**

Amores apasionados, rupturas, reproches y dulces sentimientos. Cartas irrealistas, felicitaciones para postales y dedicatorias para retratos.

Cartas dictadas por el corazón y consejos de la inteligencia. Todo esto contienen los 3 MANUALES que hoy ponemos a la venta, los que nuestros lectores, rebuznos seguros, han de recibir con el mayor agrado, por su práctica utilidad, su cuidada presentación y por su módico precio.

FIG. 1. La colección de los *Manuales Cisne*, en la contraportada del manual de Angelita Cuenca, *Secretario de los amantes: Novísimo correo del amor*, Barcelona: Cisne, sin año.



FIG. 2. Anuncio de la colección *Manuales Cisne*, en la contraportada del manual de Angelita Cuenca, *Secretario de los amantes: Novísimo correo del amor*, Barcelona: Cisne, sin año.

anuncios, como éste, también extraído del libro anterior, y acerca de esa misma colección a la que nos acabamos de referir, los *Manuales Cisne*, proporcionaban la clave de dónde podía ser conseguido el libro; reseñaban y daban cuenta, además, de los nuevos títulos, los contenidos, los precios y hasta las características materiales de cada ejemplar (FIG. 2). Junto a los catálogos de editoriales y librerías, que se fueron configurando en las señas de identidad de las distintas casas editoras, la publicidad jugó un papel muy relevante de cara a la venta y difusión del libro. La relación de los fondos editoriales que evidenciaban los primeros se mezclaba así con nuevos recursos para estimular la venta y reclamar la atención de sus posibles y potenciales clientes. Recursos de los que, como acabamos de ver, también bebieron los manuales de cartas y que no son más que otra de las características, sumada a las anteriores que hemos visto, que nos permiten situar al manual de cartas dentro

de esas nuevas formas del libro, de esa revolución de la lectura que tiene lugar entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

#### 4. LECTURA Y LECTORES

Ofrecer un perfil del lector del manual de cartas es una tarea difícil en contraste con el análisis de la producción. Una cosa es conocer cuántos libros aproximadamente se producen, dónde se venden y qué alcance pudieron llegar a tener y otra muy distinta es conocer quiénes los compraban y/o leían. A pesar de ello es cierto que los prólogos de los manuales son una ayuda inestimable para analizar la figura del lector. El debate sobre la condición popular o la procedencia burguesa de los lectores de los manuales es un tema del que aún quedan muchas cosas por decir. En principio podemos establecer dos posturas diferenciadas. El caso francés, en el que habría que incidir en que tanto Roger Chartier como Cécile Dauphin han apostado por un público popular, señalando incluso que los manuales de cartas formaron parte del catálogo ofrecido por la *Bibliothèque Blue*<sup>12</sup> e insistiendo mucho en el uso del manual por parte de los escribanos públicos, es decir aquellos escribanos que, previo pago, ayudaban a redactar

12 Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid: Alianza, 1994, p. 285.

cartas y escritos a todas aquellas personas que no poseían los conocimientos mínimos necesarios para poder hacerlo.

La segunda postura estaría representada por el caso italiano, para el que Luisa Tasca ha señalado que aunque los manuales tienen en común concederle a la carta un cierto «carácter democrático», dado que todo el mundo tiene en algún momento la necesidad de escribirla, el público que compra y lee los manuales va cambiando a medida que se va modificando la composición de la sociedad, de modo que la tasa de analfabetismo existente en el momento hacía del manual un instrumento inutilizable para las clases populares. Por otro lado, tampoco la aristocracia ni la alta burguesía parecían ser los destinatarios de los manuales italianos, pues como señala la autora, éstos siempre han contado con otros canales de instrucción, caso del escolar y familiar, y no han tenido la necesidad de recurrir a otros mecanismos secundarios de aprendizaje. Por lo tanto, la autora italiana, al hablar de lectores de manuales de cartas se refiere fundamentalmente a la pequeña burguesía, pues era únicamente ésta la que, bajo su punto de vista, podía sentir una verdadera necesidad de la ayuda que estos libritos prestaban.

En cuanto a la condición social de los lectores de los manuales epistolares en la España de finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, por lo que he podido observar, he llegado a la conclusión de que ambas teorías, la francesa y la italiana, se combinan dando lugar a un caso singular. Como he venido señalando, en este momento es evidente que la industria editorial, los cambios de formato, el abaratamiento de los precios, la aparición de nuevos lugares de venta como los quioscos o la consolidación mismamente de las bibliotecas públicas y populares, suponen un cambio importante en el mundo del libro, en las modalidades de lectura y en la condición del lector. Evidentemente todas esas características que hemos señalado acerca de la producción, la materialidad y las formas de difusión de los manuales nos están apuntando ya un claro destinatario popular. El manual epistolar en España experimenta un claro proceso de popularización, y al igual que ocurre en Italia, va variando de lectores a medida que la sociedad cambia y evoluciona. Mientras que, como señalaba al comienzo de estas líneas, en la Edad Moderna los manuales estaban destinados a los profesionales de la pluma, y por tanto, a un mundo en cierto modo aristocrático en el que éstos desarrollaban sus funciones, el siglo XIX supuso la asunción de la burguesía y el XX la verdadera conquista del derecho a leer y escribir por parte de las clases populares. Los manuales españoles han de ser vistos, por lo tanto, como libros populares, como populares lo fueron los franceses, pero al mismo tiempo como deudores de otros tiempos.

El origen aristocrático y burgués del manual deja su huella en los mismos al margen de su proceso de popularización. El ejemplo más claro lo encon-

JUAN RABEL  
PARA ESCRIBIR  
BIEN LAS CARTAS



FIG. 3. Cubierta del manual de Juan Rabel,  
*Para escribir bien las cartas*, Valencia:  
Prometeo, 1932.

tramos en las representaciones con que se ilustran muchas de las cubiertas (FIG. 3), pero también lo podemos ver en el contenido mismo de los libros, pues muchos de los modelos que exponen no son adaptables a las necesidades prácticas ni a las situaciones de vida de la gente común. Existe así una cierta continuidad de los modelos decimonónicos, los cuales no han sido objeto de las modificaciones pertinentes para los nuevos usos y funciones que la correspondencia adquiere con la «democratización de lo escrito». Por ejemplo, difícilmente le servirían a una familia de obreros las reglas acerca de cómo se ha de escribir una invitación para una «puesta de largo» de alguna de sus hijas cuando ésta es una costumbre que no es propia de su clase, como ocurre en este modelo que bajo el pseudónimo de C. Alejandría, Agustín Esclasans Folch incluye en el apartado dedicado a las cartas de invitación de su manual *Cartas de amor y de amistad*:

Querido amigo mío: Tengo el honor de invitar a usted y señora e hijas a la fiesta que se celebrará en nuestros salones el próximo domingo, a las cinco de la tarde, con motivo de la puesta de largo de mi muy querida hija Lolita. Le hago esta invitación, querido amigo, en nombre propio y de mi esposa, que me encarga salude de un modo muy cariñoso a la de usted. Ya comprenderá, puesto que ella también es madre, cual debe ser el gozo que nos embarga en estos momentos. Los padres somos siempre algo infantiles cuando se trata de celebrar estas circunstancias únicas en la vida de nuestros hijos. Perdone, pues, esta leve expansión de mi alma, y sepa que les esperamos con los brazos abiertos en la fiesta del domingo por la tarde. Póngame a los pies de su señora esposa, y usted reciba un afectuoso apretón de manos de este su buen amigo<sup>13</sup>.

Un modelo que, sin lugar a dudas, nos sirve de ejemplo para señalar esa deuda de estos libros con otros tiempos. Sin embargo, es igualmente necesario atender a otros modelos que podemos encontrar en los manuales y que efectivamente nos sirven de contrapunto a éste y nos remiten a ese cambio social y a ese nuevo

<sup>13</sup> Agustín Esclasans Folch (C. Alejandría), *Cartas de amor y amistad. Cómo deben escribirse las cartas de amor, amistad, felicitación, invitación, etc.*, Barcelona: Fama, 1943, p. 115.

público en contraposición a los destinatarios de estos libros en el pasado. He elegido uno que me parece muy significativo en este sentido y que además creo contribuye a reafirmar la idea con la que he partido para realizar esta aproximación, que no es otra que la de concebir el manual como reflejo de su época y la sociedad que lo difunde y emplea. Se trata de una carta que retrata un hecho común en la sociedad del momento, la necesidad que muchos tuvieron de recurrir a un «delegado de escritura», o lo que es lo mismo, a un intermediario que escribiese en su nombre, dado que el que tiene que escribir no sabe hacerlo. Así, este modelo que expongo a continuación lo escribe en nombre de una criada uno de los compañeros de la casa en la que ésta sirve, en concreto el cochero. La carta, que pertenece al manual de Colombine, pseudónimo de Carmen de Burgos, titulado *Últimos modelos de cartas*, está dirigida al novio de la chica, y dice así:

Mi querido Tomás: Me alegraré que al recibo de ésta te halles bueno, como asimismo toda la familia y las personas que bien quieras. Sabrás que desde que vine al pueblo estoy sirviendo en casa del hermano de don Ramón, donde me encuentro muy a mi gusto, pues aunque se trabaja mucho, la señorita es muy buena, y trabajar hay que trabajar en todas partes. Al principio el cambio de comidas y de aguas me sentó mal al estómago; pero ya estoy buena y me he puesto tan gorda y colorada que da bendición verme. Yo no quería decirte esto, pero se empeñó Gervasio, el cochero, que es el que me escribe, mientras yo le voy notando la carta. Es mucha pena no poder escribir uno mismo para no incomodar a nadie y poder hacer las cartas muy largas<sup>14</sup>.

Pero, para rastrear a estos lectores populares, no sólo nos sirven los modelos que se exponen en las páginas del manual, sino que como señalaba al comienzo de este apartado, los propios prólogos son para nosotros una rica fuente de información. Como todos sabemos, un prólogo sirve para introducir un libro, para resumir sus ideas fundamentales, para relacionar su proceso de escritura, sus objetivos y finalidades e igualmente para definir al público al que va dirigido, al que le puede ser útil. En general, y salvo algunas excepciones que representan modelos como el que acabamos de ver, podemos afirmar que, según se desprende de los prólogos de los manuales, el destinatario de este tipo de libros era un lector popular; pero eso sí, un lector que en su día había aprendido a leer y escribir, que tenía unos conocimientos aprendidos, aunque éstos fueran muy escasos o se le hubieran olvidado por la falta de práctica. Así, por ejemplo, Ripó-

14 Carmen de Burgos Seguí (Colombine), *Últimos modelos de cartas*, Valencia: Sempere, 1927, p. 116.

llés, en el prólogo a su *Tratado de correspondencia familiar y redacción de documentos*, se dirige así a sus lectores, definiendo al mismo tiempo de quienes se trata:

Téngase presente, para todo el curso de este Manual, que siempre que establecemos alguna comparación o idea, no se refiere a casos especiales, sino que estamos hablando del y para el público en general, y mejor diríamos del y para el público de medianos dotes de cultura [...] conste que este manual siempre trata los temas desde un punto de vista popular, ya que va destinado a personas de escasos conocimientos<sup>15</sup>.

El manual establece así claras diferencias entre lo culto y lo popular, manifestadas principalmente en las formas de apropiación y en los distintos usos de la lectura y de la escritura. Ambos nos conducen a la representación del entramado social y a la transmisión de modos de vida distintos a través de esos vasos comunicantes que son las páginas de los libros, cuyo contenido es para unos el reflejo de su identidad pasada, y para otros, el modelo a imitar en la lucha por la igualdad de derechos, una lucha que ha de comenzar en la igualdad de posibilidades de acceso a la educación y la cultura. Hemos definido, pues, con estas breves pinceladas a los lectores de los manuales epistolares. ¿Pero cuáles eran las lecturas que el manual les proporcionaba? ¿Cómo era el sentido que estos lectores le otorgaban al texto escrito? ¿Qué usos hacían de los modelos que el manual les ofrecía? Si definir al lector hemos dicho que era una tarea difícil y arriesgada, reflexionar acerca de los distintos tipos de lectura que se pueden extraer del manual lo es aún más.

Por todo lo que hemos dicho hasta el momento parece lógico pensar que la lectura del manual de correspondencia es una lectura eminentemente práctica. El lector que toma entre sus manos este tipo de libros, por lo general, lo primero que busca en ellos es una serie de normas y consejos que le ayuden a escribir —o a responder— una carta. Pero cabe preguntarse si realmente esto era así, si todos los que recurrían a los manuales lo hacían porque por sí solos no eran capaces de escribir una carta y si la única dimensión a subrayar es esa finalidad práctica. Más que las posibilidades de lectura que ofrece el manual y que evidentemente varían según cada lector, quiero incidir en el sentido de lectura que el propio manual señala. Es decir, que el autor del manual no sólo se preocupa, como hemos visto, de señalar quién o quiénes lo deben leer, sino

15 J. M. Ripollés, *Tratado de correspondencia familiar y redacción de documentos*, Barcelona: Armando Baget, 1942, pp. 5 y 13.

cómo debe leerse para darle un uso correcto. El lector debe procurar, así, adecuar el modelo que se expone a sus propias circunstancias y necesidades, evitando en todo momento su copia, pues ésta, en primer lugar, no ayuda al aprendizaje, es decir, la copia mecánica de los modelos no solucionará jamás el problema de enfrentarse a un papel en blanco; y en segundo lugar, entraña un grave peligro: que el destinatario descubra que la carta que recibe ha sido extraída de un manual:

Ojalá que alguno de nuestros lectores pueda escribir algún día una carta a sus familiares y que éstos puedan decir: «Esta carta es suya», antes que decir: «Esta carta la ha copiado de alguna parte». Por eso no daremos muchos modelos y aun recomendamos a nuestros lectores que no copien jamás una carta de las que damos como modelo, pues preferimos que se preste atención a las reglas y consejos. Los modelos son tan sólo como una guía, pero no deben copiarse ni darles más importancia que la tan limitada que nosotros queremos concederles<sup>16</sup>.

Sin embargo, la reflexión acerca de las modalidades de lectura de los manuales no se reduce, como he apuntado antes, a esta finalidad práctica de aprender a escribir las cartas. Es importante tener en cuenta otros elementos que aparecen en sus páginas y que nos apuntan nuevas modalidades de lectura. Me refiero, por un lado, a la inserción de cartas de personajes relevantes, tanto hombres como mujeres, conocidos por su actividad epistolar a lo largo de los distintos períodos históricos, de muchos de los cuales existían ya epistolarios publicados en este momento —valgan los nombres de Madame de Sevigné, Rousseau, Erasmo de Róterdam, Felipe II o Santa Teresa de Jesús—; y, por otro, a los capítulos de dedicatorias, máximas, canciones, poemas, juegos, composiciones y ejercicios para dictado, listas de sinónimos, etc., que se incluyen a modo de anexo en los manuales. Analizando estos elementos he llegado a la conclusión de que el lector complementa su dimensión práctica de la lectura del manual con una lectura didáctico-moral y una lectura de evasión o de entretenimiento.

Una lectura didáctica, porque al fin y al cabo el manual es empleado como guía de escritura y lectura en general y no sólo en lo que respecta al mundo epistolar; es decir, el manual no sólo es un referente a la hora de preguntarse cómo debe escribirse una carta sino que se sitúa en un contexto más amplio, el de la redacción de cualquier tipo de documento escrito que pueda ser útil en la vida diaria. Una lectura moral, porque esos epistolarios y los modelos mismos difunden unos determinados ideales y valores, son cartas ejemplares que revelan los comportamientos y las decisiones adecuadas que

16 J. M. Ripollés, *Tratado de correspondencia familiar...*, pp. 7-8.

uno debe tomar para desenvolverse con éxito en la sociedad, de acuerdo casi siempre a los presupuestos que establece la moral cristiana. Y una lectura evasiva o de entretenimiento, una lectura por placer, porque el lector del manual es invitado a contemplar las diferentes historias que se van desarrollando entre autores y destinatarios —muchas veces rozando lo puramente literario— y porque los modelos de cartas le muestran el reflejo de la sociedad en la que vive, la vida y las costumbres de todas y cada una de las distintas clases sociales que la componen, independientemente del lugar del entramado social al que el mismo pertenezca. Sin embargo, y como es fácil suponer, esta lectura guiada del manual, reflejada en esas recomendaciones de los prólogos, en la elección de unos u otros modelos de cartas y en la inclusión de esos nuevos elementos que pueden relacionarse en mayor o menor medida con la práctica epistolar (como las dedicatorias, los ejercicios o las listas), se verá inevitablemente transgredida en el momento en el que el lector se apropie del libro y haga uso de él respondiendo a sus propios intereses, determinado por sus propias características personales o socioculturales y en función de las finalidades y motivos por los que recurre a este tipo de libros. Una vez más, el eterno conflicto entre la prescripción y la apropiación, que no sólo se manifiesta en las modalidades de lectura, sino en lo que todavía, y sin duda, es más interesante a la hora de estudiar los manuales epistolares: la transgresión de las normas que éstos difunden.

##### 5. ENTRE LA NORMA Y LA CONVENCION

Pero ¿cuáles son realmente esas normas que el manual transmite y difunde? De nuevo, la clave para responder a esta pregunta, nos la dan los prólogos, pues en todos ellos, los autores de los manuales suelen incluir, antes de exponer los diferentes modelos de cartas, un capítulo introductorio acerca de estas normas que regulan la práctica epistolar. Las normas se van repitiendo de unas épocas a otras, desde el primero de los tratados epistolares del que se tiene noticia, el *Túpoi Epistolikoi*, atribuido a Demetrio y fechado alrededor del siglo III<sup>17</sup>, hasta los manuales de cartas que se publican hoy día. Pero el referente evidente de las normas que se difunden en los siglos XIX y XX procede de la Edad Moderna, y de ahí que sea importante que intentemos establecer una continuidad entre las maneras en las que se escriben las cartas en ambos momentos históricos. Además de esta continuidad histórica, a la hora de preguntarnos acerca de las normas, debemos tener en cuenta igualmente que éstas no son únicamente

17 Claudio Guillén, *Múltiples Moradas. Ensayo de Literatura Comparada*, Barcelona: Tusquets, 1998, p. 181.



aquellas que aparecen expuestas en los capítulos teóricos de los manuales, sino que igual de importantes son aquellas otras que, sin haber sido registradas por escrito, vienen impuestas por las convenciones y hábitos existentes en una sociedad, en una cultura y en un tiempo específicos. No quiero entretenerme mucho en señalar cuáles son las normas para escribir correctamente una carta, pero sí me parece necesario para completar esta visión general que estoy tratando de dar acerca de los manuales epistolares realizar una breve síntesis de las mismas, una vez advertidas esas dos cuestiones que acabo de señalar.

Como ha afirmado Armando Petrucci, la carta es un género fuertemente tipificado que se apoya en modelos retóricos universalmente reconocidos e imitados, desde su origen en la antigüedad hasta el mundo moderno y contemporáneo, y muestra de ello es la tendencia a dotar a la misma de una estructura tripartita: el exordio o encabezamiento, el cuerpo de la carta o asunto y la despedida (FIG. 4). Son sobre todo la primera y la última de estas partes las que mejor denotan la existencia de una norma, debido al empleo en las mismas de fórmulas y tratamientos acordes a la condición social del destinatario y a la relación que se establece entre éste y el autor, así como los signos de identidad de la carta, pues son al fin y al cabo el código que nos permite leer la carta como una carta y no, por ejemplo, como una novela. El cuerpo de la carta es el lugar en el que el autor especifica el motivo o motivos que le conducen a la toma de la escritura y permite, por ello, una mayor espontaneidad, ya que depende directamente de lo que éste pretende transmitir.

En la exposición, eso sí, el autor ha de cuidar las normas referentes a la ortografía y a la puntuación, así como que la disposición de los párrafos y asuntos sea ordenada y breve. El orden, la brevedad y la claridad son las tres claves que permiten la comprensión del escrito. La buena caligrafía, junto a todos estos elementos que acabo de señalar, es una de las primeras condiciones que una carta ha de reunir para que sea legible. La buena o mala caligrafía depende directamente del grado de formación que ha recibido la persona que escribe y es, por tanto, un distintivo acerca de su competencia gráfica. Con respecto a la letra son muchos los consejos prodigados en los manuales, pues de

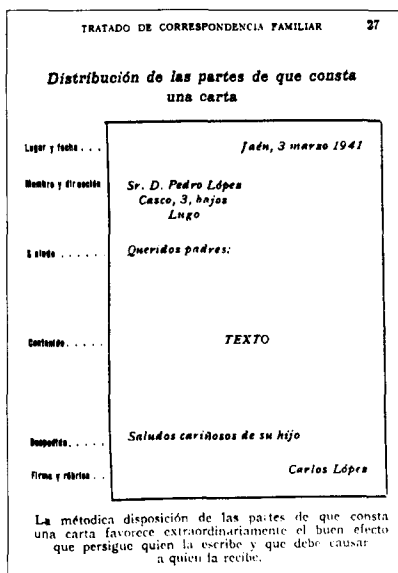
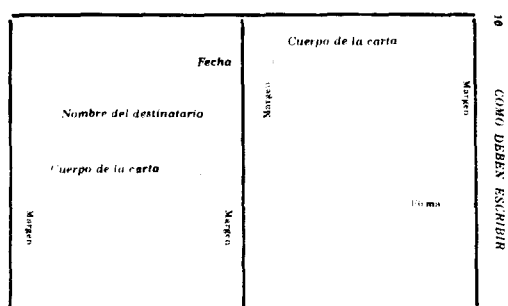
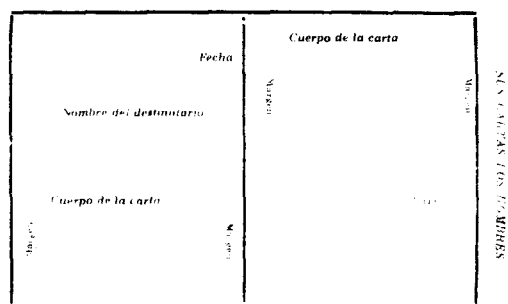


FIG. 4. Distribución de las partes de las que consta una carta, en J. M. Ripollés, *Tratado de correspondencia familiar y redacción de documentos*, Barcelona: Armando Baget, 1942, p. 27.



Modelo 1.—Diversas partes de una carta corriente.



Modelo 2.—Diversas partes de una carta dirigida a persona de consideración.

FIG. 5. «Diversas partes de una carta corriente y diversas partes de una carta a una persona de consideración», en Agustín Chasseur Millares (Harmency), *Cómo deben escribir sus cartas los hombres*, Barcelona: Bartolomé Bauzá, 1943, pp. 10-11.

ella dependen el buen o mal efecto que cause la carta en el destinatario, el concepto que del autor éste se forje y la efectividad misma del discurso epistolar. Se han de cuidar así la proporción de las letras y el trazado rectilíneo y evitar los tachones o borrones. Todo ello dará como resultado una escritura limpia que denote cortesía, educación y buen gusto.

No sólo la existencia de tratamientos sirve en la carta para poner de manifiesto las diferencias sociales. Al igual que estos tratamientos, de los que por lo general existe una lista al principio o al final del manual, hay un elemento diferenciador de primer orden de las distintas categorías sociales que es la norma que regula los espacios en blanco que el que escribe ha de guardar como medio de expresar el respeto hacia el destinatario; espacios que aumentarán o disminuirán dependiendo de los distintos rangos (FIG. 5). Pero no sólo se

han de cuidar los espacios al empezar la carta, que como bien muestra la imagen son los más significativos, sino también los márgenes, la separación entre las líneas o la distribución de las palabras en el papel. Los primeros reflejan como ningún otro elemento la sociedad del momento, las convenciones y normas que rigen ésta y las diferencias entre las distintas clases sociales que la componen. Los segundos responden a la llamada estética de la carta, o lo que es lo mismo, a su presentación a los ojos del destinatario y a la necesidad de que lo que escribimos pueda ser legible.

Por otro lado, la figura del destinatario juega un papel decisivo a la hora de escribir cartas. Así lo refleja en el capítulo teórico acerca de la carta el autor, cuyo nombre desconocemos, del *Manual Epistolar* publicado por la editorial Mundo Latino a finales de los años 20: «Deben tomarse en cuenta las condiciones de la persona destinataria, pues no se debe escribir de igual manera al que desconoce un asunto o materia que al que está práctico en

aquél, al ignorante o al docto, a las mujeres que a los hombres, al anciano como al joven, al de temperamento grave que al desprovisto de fijeza»<sup>18</sup>. Tanto el tipo de carta que se escribe como cada uno de los elementos de que éstas se componen van transformándose en función de las características propias de quien la recibe (condición social y profesional, género, edad, educación, personalidad, etcétera), del grado de relación que mantiene con el autor y de las intenciones de éste con respecto a aquél. El destinatario condiciona la escritura de la carta: su extensión, su contenido, su materialidad; y los manuales presentan el binomio entre autor y destinatario como indisoluble, de manera que los ejemplos de cartas no sólo reflejan cómo se ha de escribir si uno inicia el intercambio epistolar, sino también cómo se ha de responder; es decir, contemplan ese constante proceso de transformación que acontece entre autor y destinatario.

Por último, no puedo dejar de referirme a lo que suelo denominar como «materiales del buen gusto»: el papel, la tinta y el sobre. Aunque en un principio puedan parecer elementos carentes de importancia, al examinarlos con atención vemos que al igual que los demás están dotados de una norma y de una significación. Por un lado, ponen de manifiesto las diferencias de género: por ejemplo, mientras que el hombre sólo debe usar el papel de color blanco o escribir en tinta negra o azul, a la mujer se le permite optar a toda una gama de tonalidades para sobres y papeles, así como diferentes colores en las tintas. Pero apuntan también las diferencias socioculturales: los papeles rayados denotan la escasa competencia gráfica del que escribe y su falta de práctica, que necesita de esas líneas para no torcerse en el papel y adoptar un módulo de letra adecuado; mientras que el otro extremo vendría representado por los que emplean papel timbrado en su correspondencia particular, lo que desde luego refleja la familiaridad de éstos con la práctica epistolar y el deseo de personalizar cada acto de escritura mediante el tipo de material empleado.

## 6. TIPOLOGÍAS DE LOS MANUALES EPISTOLARES

Cuando empecé mi investigación acerca de los manuales de correspondencia establecí fundamentalmente tres tipologías. La primera de ellas se basó en los autores que los escribían, dependiendo de si éstos eran anónimos, si se escondían bajo pseudónimos —he citado varios a lo largo del trabajo— o bien si su nombre real aparecía en la cubierta de los libros. Este planteamiento me permitió analizar la evolución de la función-autor, de la que en su día habló Michel

<sup>18</sup> *Manual epistolar*, Madrid: Mundo Latino, sin año.



FIG. 6. Cubierta del manual de Ramón Orts Ramos, *Novísimo Secretario Universal: recopilación completa de cartas y documentos*, Barcelona: Maucci, 1942.

Foucault<sup>19</sup>, y contemplar la estrecha relación que se establece entre la escritura y el momento histórico. Así, por ejemplo, el recurso al anonimato o al pseudónimo es característico de los años de la guerra y de la posguerra. Los motivos que pueden señalarse son varios: por un lado, el temor a las represalias; por otro, el deseo de colaborar anónimamente con la causa, puesto que muchos de los que no acudieron al frente desarrollaron otras tareas de apoyo, entre las que no faltaron las de escribir libros para difundir determinadas ideologías o la colaboración en la lucha contra el analfabetismo. Tampoco debemos olvidar el interés profesional: los autores no deseaban que bajo sus nombres aparecieran obras de poca entidad como pudiera serlo un manual de cartas, obras que habían sido escritas más por necesidad que por devoción. Otra causa hemos de buscarla en las propias estrategias editoriales. Los manuales anónimos responden muchas veces al carácter del manual como obra compila-

toria. Cuando el manual es reeditado, arreglado, modificado, ampliado o simplemente recopila un conjunto de cartas, es decir, carece de creatividad y no es inédito, suele aparecer también como anónimo.

La segunda clasificación fue en función del contenido, diferenciando así dos tipos, los manuales generales, que son aquellos que se presentan al lector a modo de compendios, abarcando toda clase imaginable de ejemplos (FIG. 6), y los manuales que, por el contrario se centran en un tipo específico de cartas, cuya protagonista, por lo general, es la carta de amor y, en menor medida, las de amistad y felicitación (FIG. 7). Especificar o generalizar dependía de la elección del autor y de las necesidades, gustos e intereses del público. La tercera y última clasificación la llevé a cabo en función de los destinatarios de estos libros. Establecí así una distinción según las diferencias de género, es decir, si el manual estaba destinado a las mujeres o a los hombres, con el fin de comprobar que dependiendo de esa condición sexual, los parámetros educativos y el lenguaje empleado variaban, y junto a ellos, variaban también las normas de la escritura epistolar y la selección de los modelos mismos de las cartas. Estos modelos

19 Sobre la función-autor remito a Michel Foucault, *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales*, Barcelona: Paidós, 1999, pp. 329-360.

transcribían al papel los distintos niveles de relaciones, competencias, comportamientos y actitudes que acontecían en la vida real, definiendo los roles y las identidades, el concepto de masculinidad y feminidad<sup>20</sup>. Siguiendo con los destinatarios establecí otra distinción según el contexto en el que el manual era empleado, diferenciando así entre los manuales para niños, empleados en la escuela, y los manuales para soldados, utilizados en el frente. Son precisamente estos dos tipos los que he elegido para el desarrollo de este apartado.

### 6.1. *España en guerra: la correspondencia entre soldados y madrinas*

Los manuales epistolares destinados a los soldados que fueron publicados y difundidos en España durante los años de la Guerra Civil suponen un caso muy específico dentro de los manuales de correspondencia y presentan toda una serie de variaciones muy interesantes; variaciones que no tienen que hacernos olvidar, sin embargo, los ejes en los que nos hemos venido situando hasta el momento, pues los soldados formaron parte de ese nuevo público del que venimos hablando y los manuales epistolares que llegaron a sus manos, aunque adaptados a las necesidades del momento, son una muestra más de la revolución material y de las nuevas maneras de entender el libro y la lectura de finales del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX. Podemos afirmar que los manuales para soldados responden a unas estrategias de producción y difusión específicas, ambas íntimamente ligadas a las dimensiones propagandística, ideológica y adoctrinadora con las que se dotó a toda clase de producto escrito durante la contienda.

Dicha especificidad se relaciona con que, durante la guerra, los manuales salieron de unas prensas muy distintas a las habituales, en su mayoría creadas por unidades militares y algunos partidos políticos, grupos y organizaciones;

## MANUAL DE LOS ENAMORADOS

Modelos para declaraciones de amor y contestaciones femeninas.



Declaraciones de amor, contestaciones, cartas de reproches, de un enamorado a su mujer, muchas cartas y este folio.

Precio: 30 cts.

FIG. 7. Cubierta del *Manual de los enamorados*, Ediciones Patrióticas: Cádiz, sin año.

<sup>20</sup> El ejemplo por excelencia entre los manuales que he estudiado corresponde a dos libros de Agustín Chasseur Millares (Harmency), titulados *Cómo deben escribir sus cartas los hombres* y *Cómo debe escribir sus cartas la mujer*, y editados en Barcelona por la editorial Bartolomé Bauzá en el año 1943. Ambos salen a un tiempo a la venta y sus características materiales y la manera en que se estructuran son iguales, pero eso sí, en el momento en que los abrimos y nos ponemos a leer nos damos cuenta en seguida de cómo las normas son distintas y los modelos que se ofrecen también.



FIG. 8. Cubierta de *El Perfecto manual del soldado (Modelos para escribir cartas)*, Cádiz: Ediciones Patrióticas, sin año.

editoriales todas ellas que destinaron todos sus esfuerzos hacia los combatientes y que basaron su producción, por lo general, en novelas populares, folletos y manuales prácticos —baste con citar algunas como Ediciones Patrióticas, La Voz de la Verdad, Humanidad o Patria, cuyos nombres ya son un claro indicador de su origen—. Este carácter editorial espontáneo y las circunstancias mismas que el contexto bélico impuso se dejaron notar también en sus características materiales: adoptaron la

forma de un folleto (FIG. 8), su extensión no superaba las 15 ó 20 páginas, la calidad de impresión era mala y el aprovechamiento del espacio, dada la escasez del papel, excesivo. Muchos se vendieron a bajo precio, no llegaban a los 30 céntimos; la gran mayoría, sin embargo, se repartieron gratuitamente en los frentes.

La llegada de libros al frente, entre ellos estos manuales epistolares, fue posible gracias a la creación, tras las elecciones de febrero de 1936, de la Sección de Bibliotecas de Cultura Popular que, por medio de bibliobuses, consiguió repartirlos entre los soldados y contribuir de esta forma a la lucha contra el analfabetismo tan prodigada por la República. En el bando franquista desarrolló una función similar el llamado Servicio de Lecturas para el Soldado, dependiente de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de la Junta de Defensa Nacional, creada el 24 de julio de 1936<sup>21</sup>. La presencia de los manuales en las trincheras y de la figura del soldado como su indiscutible destinatario, nos lleva a pensar en el empleo de los mismos en las campañas de alfabetización que se desarrollaron en los frentes. Uno de los máximos exponentes de éstas fue la labor que realizaron las Milicias de la Cultura cuya función principal fue la de enseñar a leer y a escribir a sus compañeros analfabetos.

Aprender a escribir y a leer, pero sobre todo aprender a escribir y a leer cartas, se convirtió en un objetivo de primera necesidad en los frentes. Éstas constituían entonces el único medio posible de comunicación con la retaguardia, el único instrumento capaz de mantener los contactos con los suyos y salvar la distancia. El soldado que aprendía a escribir lo hacía motivado, fundamentalmente, por la posibilidad de adquirir ese hilo de unión que suponía la

21 Luis García Ejarque, *Historia de la lectura pública en España*, Gijón: Trea, 2000, p. 216.

tinta. Así lo expresa, por ejemplo, Miguel Núñez, un estudiante de comercio que militó en las Juventudes Socialistas Unificadas y que fue en la guerra, con apenas 16 años cumplidos, voluntario de las Milicias de la Cultura, a quien Ronald Fraser da voz en su libro *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil española*:

De la noche a la mañana, como si la revolución hubiese desatado las esperanzas reprimidas durante generaciones, la educación se convirtió en un asunto urgente, incluso en la línea de fuego. Era sorprendente ver cómo campesinos y obreros, incluso bajo el fuego enemigo, dedicaban tiempo y energía a aprender a leer y escribir [...] Una vez todos los hombres de su unidad hubieron aprendido a leer y escribir —«cosa que a algunos les costó un esfuerzo tremendo»—, a Núñez le conmovía verles coger un periódico y leerlo, presos de excitación, casi leyendo letra por letra. Era como si hubiesen salvado una tremenda barrera: la de la educación. Luego se sentaban para escribir dos cartas. La primera era para sus esposas, para decirles que habían aprendido a escribir. La segunda iba dirigida a Pasionaria y en ella, casi invariablemente, le daban cuenta de la buena noticia: «No estamos solamente luchando contra el enemigo, también estamos aprendiendo, puedes contar con nosotros...»<sup>22</sup>.

Los manuales de cartas fueron un apoyo fundamental en este proceso de alfabetización desarrollado en las trincheras, pudiéndose llegar a equiparar su importancia a la que tuvo otra de las figuras claves del mismo: la de los «delegados de escritura», es decir, aquellos soldados que sabían leer y escribir y que o ayudaban a sus compañeros analfabetos en su proceso de adquisición de la escritura, o redactaban las cartas por ellos. Gracias a los manuales, y sin despreciar por ello la labor de estos escribientes vicarios, aquellos que comenzaron entonces su andadura por el mundo de lo escrito encontraron el remedio a su falta de formación y la clave para enfrentarse al papel en blanco; una clave que les permitió apropiarse de aquellos espacios de privacidad que hasta entonces habían tenido que compartir por necesidad.

Antes de continuar quería hacer un pequeño inciso para aclarar que cuando me refiero a los manuales epistolares para soldados incluyo en dicha denominación dos tipos muy distintos, por un lado, los manuales propiamente dichos, como los que hasta ahora venimos observando, que incluyen modelos de cartas para que quien los utilice las copie o adapte a sus propias necesidades; y, por el otro, los denominados *Epistolarios del frente*, que a diferencia de los

<sup>22</sup> Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil española*, Barcelona: Crítica, 2001, pp. 399-400.

anteriores son, por lo general, recopilaciones de cartas reales que se publican con el fin de que sirvan como modelos de comportamiento a imitar, como cartas ejemplares. Las diferencias entre unos y otros son claras: los primeros contienen en su mayoría modelos ficticios, creados para el manual, con el fin de que sirvan de ayuda a la escritura de cartas; los segundos son cartas verdaderas, de soldados a los que se pone como modelo, cuyo nombre se esconde bajo unas siglas o un pseudónimo, como las que se recogen, por ejemplo, en *La guerra de España a través de la correspondencia de sus combatientes: el frente dice*, publicado en Zaragoza por el Servicio de Publicaciones de Acción Católica en el año 1938 y en cuyo prólogo el compilador nos avisa de que: «Lo que aquí transcribo son cartas completamente auténticas y dirigidas por los combatientes a sus familiares y amigos. Ninguno de los autores de estas cartas sospechó, al escribirlas, que yo hubiera de clasificarlas y darlas a estampa»<sup>23</sup>. Si he decidido incluir estos *Epistolarios del frente* en este grupo es porque, al igual que los primeros, fueron difundidos entre los combatientes en el frente y, dadas sus similitudes en la materialidad y el contenido, es fácil suponer que a parte de su función ejemplarizante pudieran también ser empleados como los manuales propiamente dichos, es decir, tomando como modelos las cartas que en ellos se recogían. A pesar de todo, e independientemente de si fuesen reales o inventados, lo más importante es que los modelos contenidos en los manuales son, al fin y al cabo, el testimonio de una época, nos ofrecen historias que reflejan la realidad del momento en el que fueron producidos.

Como todo el mundo sabe, y tenemos casos muy cercanos en el tiempo, en toda guerra la escritura y lo escrito se convierten en verdaderos instrumentos de propaganda e ideología. Las páginas de los libros, sean éstos del género que sean, pasan a ser lugares de expresión, vías de transmisión de valores, imágenes, ideales y consignas. La palabra es concebida como un arma más con la que luchar de cuya eficacia no se puede dudar. Este papel propagandístico que asume la escritura provoca toda una serie de modificaciones en el producto escrito, como bien reflejan los cambios que experimentan los manuales epistolares de este período histórico con respecto a otros. La primera de estas modificaciones, ya señalada, estriba en ese cambio de formato que sufren los manuales con la reducción de su tamaño, el abaratamiento de sus precios, las grandes tiradas y los lugares y formas de venta y de difusión. Todo ello permitía que los libros llegasen a más gente y que, por lo tanto, el mensaje que pretendían transmitir también lo hiciera. La segunda de las modificaciones tiene que ver con el

23 *La guerra de España a través de la correspondencia de sus combatientes: el frente dice*, Zaragoza: Acción Católica-El Noticiero, 1938, p. 7.



contenido: un contenido que, en numerosas ocasiones, va acompañado de imágenes, símbolos o textos que evidencian y expresan esa nueva función del manual como portador de una determinada ideología. Podemos verlo, por ejemplo, en este modelo de solicitud de madrina de guerra que Ángel Abad Tárdez incluye en su manual *La carta del combatiente. Normas y modelos para escribirla*, publicado en Zaragoza por la editorial Patria en el año 1937 (FIG. 9). El modelo aparece acompañado de la transcripción de unas palabras del Caudillo contra la masonería. Junto a estos elementos, figurativos o no, que multiplican y diversifican los significados de la palabra, no podemos olvidar, claro está, el lenguaje mismo. Los modelos de cartas que se exponen muestran una expresión sencilla a tono con el discurso adoctrinador y el nuevo lenguaje surgido al calor de la contienda, un lenguaje familiar y cercano, estrechamente ligado a la oralidad, que cualquiera es capaz de entender, máxime si es reforzado por imágenes, consignas o mensajes.

Pero lo que más me interesa, sin embargo, es resaltar una característica común a todos los manuales de cartas del período bélico que los hace realmente únicos. Me refiero a la aparición en sus modelos de una nueva figura epistolar que acompaña al soldado como protagonista indiscutible: la madrina de guerra. La figura de la madrina, como ha afirmado Augusta Molinari, la autora de uno de los pocos (por no decir el único) estudios académicos que se ha realizado acerca del tema, formó parte de toda una estrategia política y cultural que conjugaba la experiencia bélica con toda una serie de ideas y valores que variaban dependiendo de cada uno de los bandos enfrentados<sup>24</sup>. Sus orígenes han de ligarse a la Primera Guerra Mundial, siendo desde entonces una figura común en los distintos conflictos bélicos que van sucediéndose a lo largo del siglo XX en Europa. La existencia de madrinas en la Guerra Civil española confirma la importancia de la labor que éstas venían desempeñando dentro de la asistencia

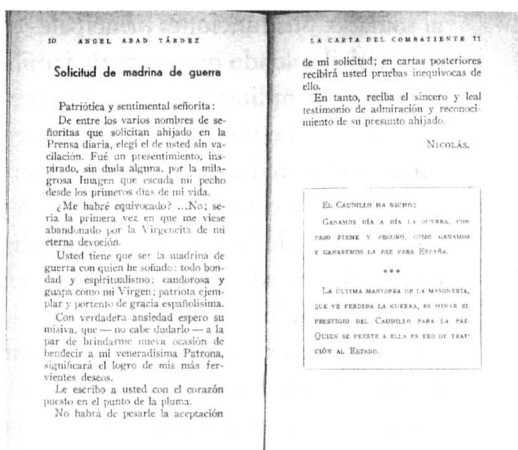


FIG. 9. Modelo de solicitud de madrina de guerra acompañado de un texto propagandístico, en Ángel Abad Tárdez, *La carta del combatiente. Normas y modelos para escribirla*, Zaragoza: Patria, 1937, pp. 10-11.

<sup>24</sup> Augusta Molinari, *La buona signora e i poveri soldati. Lettere a una madrina di guerra (1915-1918)*, Turín: Scriptorium, 1998, pp. 11 y 12.

al soldado. Sus funciones principales eran, por un lado, servir de sostén moral y material al soldado que no tenía familia, y por otro, mantener el contacto entre la población militar y la civil, el frente y la retaguardia.

Su figura estuvo dotada de un fuerte componente moral e ideológico: escribirse con los soldados, ayudarles a combatir la soledad de las trincheras, atender sus súplicas y calmar sus miedos, era también una manera de colaborar en la consecución de la victoria. Las madrinas fueron un verdadero antídoto para combatir el miedo, el trauma de la guerra y la experiencia de la muerte. Aunque en un principio sólo asistían a los soldados sin familia, con el tiempo su presencia se fue extendiendo hasta el punto de que cualquiera podía optar a ese deseado intercambio epistolar sin necesidad de reunir ninguna característica concreta e independientemente de sus circunstancias familiares y personales. De hecho llegó a ser considerado algo extraño que un soldado no contase con una madrina o con varias, como ocurrió en muchas ocasiones y bien nos lo relata en sus memorias José Carrasco Canales, panadero de oficio y artillero en la guerra, quien recuerda así a esta controvertida figura:

Uno de los pasatiempos que gozaba de nuestras preferencias era el de solicitar madrinas de guerra a varios sitios, ya que al no costarnos nada los sellos de correo había días que escribíamos cuatro o cinco cartas [...] De entre las varias que yo envié y que contestaron a mi solicitud, solamente a una dediqué mi atención y nos escribíamos casi a diario. Esta chica era de San Sebastián y poco después de iniciar nuestra relación epistolar se trasladó con su familia a Salamanca. Su dirección en la capital salmantina era: Justa María de Orive. Calle Poeta Iglesias, número 8 [...] Se portó muy bien conmigo, pues me obsequiaba con bastante frecuencia con cosas diversas; pero lo que más le agradecía eran los ratos tan entretenidos y amenos que me hacía pasar al leer sus simpáticas cartas y después al contestarlas [...] Sinceramente creo que alguno de esos buenos narradores que luego fueron surgiendo en nuestra posguerra debería dedicar una novela a esas excepcionales madrinas de guerra que con sus misivas levantaban muchas veces la moral de los combatientes<sup>25</sup>.

Y en verdad podemos decir hoy que ese llamamiento del artillero José Carrasco Canales para que se rindiese tributo a través de la literatura a las madrinas de guerra se cumplió. Lo que él no sabía es que no sólo se cumplió después de que él lo propusiera en sus memorias, escritas en 1942 a partir de una serie de apuntes que fue tomando durante la contienda en hojas sueltas, sino incluso mucho antes. A las madrinas se les dedicaron poemas, se las convirtió en protagonistas de muchas novelas populares, como por ejemplo aquella de María

25 José Carrasco Canales, *Memorias de un artillero*, Madrid: G. del Toro, 1973, pp. 44-45.

Leclerq, escrita bajo el pseudónimo de Mary Floran y titulada *Se desea una madrina* (Madrid: Imprenta de Prensa Española, 1947) e incluso obras de teatro como la del dramaturgo Miguel Mihura, *La madrina de guerra. Comedia en dos actos* (Madrid: Velasco, 1922). En fin, la figura de la madrina se difundió de tal modo que no sólo sus cartas fueron publicadas en numerosos periódicos de la época, convirtiéndose en verdaderos símbolos de contribución anónima a la causa; sino que también y fundamentalmente, y aquí llegamos a lo más interesante de cara a este trabajo, se crearon estos manuales epistolares específicos para regular ese singular intercambio epistolar entre estas mujeres y los soldados.

El procedimiento de elegir madrina era muy aleatorio. No se conocen con exactitud los mecanismos de difusión de los nombres y direcciones de las madrinas y los soldados, aunque tanto en los manuales epistolares como en las novelas de la época se nos ofrecen algunas pistas sobre el asunto. Existen algunos testimonios de que tanto los soldados como las madrinas solían aparecer a modo de anuncio en los periódicos, a veces acompañados de fotografías. Parece también significativo en este mismo sentido que en varios de estos manuales de cartas editados en el período bélico, como es el caso del manual *Cartas de amor y de amistad* de Mari-Carmen, pseudónimo de José Daporta González, se dedique un apartado específico a los modelos de «Cartas de soldados que por medio de la prensa piden madrina», entre los que aparecen anuncios como éste: «Soldado gallego, que lejos de su tierra «meiga» siente la nostalgia de sus atardeceres, pide una limosnita de cariño a una galleguina que sepa comprenderle y quiera servir de Madrina, enviándole con sus cartas los consuelos que necesita para olvidar ausencias. JOSÉ CONCHEIRO»<sup>26</sup>.

Las candidatas a madrina se conocían también gracias a listas que seguramente eran repartidas entre los soldados en el frente y, en otras ocasiones, al hecho de que los propios combatientes fueran pasándose entre ellos las informaciones pertinentes. A veces, se recurría a las amigas para obtener de ellas nombres y direcciones de sus conocidas o para proponerles que fueran ellas mismas madrinas de guerra. No faltaban las que a modo de celestinas se encargaban de recibir peticiones de soldados y mujeres deseosos de encontrar correspondencia con el que escribirse y comenzar una relación amorosa. Un caso curioso es el de Rosa de Aramburu. Durante la contienda, en la que debió estar al cargo de alguna de las oficinas de Asistencia al Soldado en San Sebastián, su papel de intermediaria permitió a muchos encontrar a esa deseada persona con la que sostener un largo e intenso flujo epistolar. Como ella misma describe en su

<sup>26</sup> José Daporta González (Mari-Carmen), *Cartas de amor y amistad*, Santiago de Compostela: Librería Gali, 1937, p. 47.

novela, *Madrinas de guerra* (San Sebastián, sin año), de la colección *Las novelas de la guerra*, repartidas también en los frentes, agrupaba pacientemente en dos grandes montones los centenares de cartas que le llegaban diariamente: en un lado las de los soldados, en otro las de las mujeres y las jóvenes que deseaban ser madrinas de guerra, fácilmente diferenciables por el color de los sobres y la letra. Después emparejaba al azar unas cartas con otras y transmitía a los respectivos corresponsales la noticia de que ya contaban con quien escribirse, facilitando datos y direcciones y deseándoles suerte<sup>27</sup>.

El intercambio epistolar entre soldados y madrinas, siempre que no actuase ningún otro intermediario, se iniciaba normalmente con una solicitud del primero poniendo de manifiesto el interés y la necesidad de tener una madrina de guerra:

Bellísima señorita: Con todos los respetos me dirijo a usted en esta misiva, solicitando de su amabilidad sea mi madrina de guerra. Su bondad y simpatía unidas a su belleza, no creo nieguen al que hoy esperanzado le hace a usted ese ruego. Una madrina de guerra es para el militar en campaña, como si dijera el ángel de su guarda. Sea usted ese ángel de mi guarda, señorita. Privaciones y fatigas no existirán para mí, llevando el recuerdo de usted en mi corazón. Soy soldado de ... y pertenezco a la ... Compañía del ... Batallón ... ¿Llegará hasta mí, pronto la felicidad de su carta aceptando mi ruego? Cuando se es tan hermosa —la cara es el espejo del alma— no puede una mujer mas que repartir bondad y felicidad.

Espera ilusionado.

José Vázquez.

Medina del Campo 30 de mayo de 193...<sup>28</sup>

Los motivos por los cuales un soldado decidía solicitar madrina se pueden resumir, fundamentalmente, en tres: primero, la necesidad de combatir la soledad de las trincheras; segundo, el deseo de ser recordado por alguien en sus oraciones y plegarias, lo que era entendido por el soldado como una manera de obtener un seguro de vida en la lucha; y, por último, el carecer de otras personas con las que establecer contacto escrito. La solicitud era respondida por la mujer aceptando o excusándose por no poder satisfacer la proposición. Es extraña la negativa, pues al fin y al cabo era un deber moral y patriótico asistir al soldado; pero cuando ésta acontece suele venir motivada por el hecho de que la pretendida madrina ya tenga varios ahijados o por otras circunstancias personales que

27 Rosa de Aramburu, *Madrinas de guerra*, San Sebastián: La novela de la guerra, sin año, p. 5.

28 *Manual de cartas (Modelos)*, Cádiz: Ediciones Patrióticas, 1938, p. 6.

en ese momento concreto no le permiten escribir, como una situación familiar desesperada que no le deja tener el tiempo necesario para dedicarse a redactar cartas a diario, que tenga novio o que su matrimonio esté próximo a celebrarse. Vemos así un ejemplo de contestación aceptando ser la madrina de guerra de un soldado; en concreto, la contestación a la solicitud anterior:

Muy Sr. Mío: Recibí su atenta carta en la cual solicita sea yo su madrina de guerra. Después de agradecerle los elogios que hace de mi modesta persona; elogios que no creo merecer; aunque se los agradezco, he de comunicarle que atendiendo a su ruego y creyendo un deber patriótico el ser madrina de guerra de quien se haya en el frente de combate defendiendo sagrados ideales, no puedo menos que aceptar el serlo máxime y cuando la solicitud trae el fondo de ilusión que se refleja en vuestra carta.

Queda usted complacido y vuelvo a darle las gracias por los elogios inmerecidos que de mi persona hace en su grata.

Queda de usted affma.

Luisa Pérez<sup>29</sup>.

Una vez conseguida la aceptación, el intercambio epistolar entre ambos va ganando en fluidez y confianza llegando incluso a niveles de intimidad que pueden compararse con las cartas propias de los enamorados, siendo muy común que muchos comiencen un noviazgo ficticio por escrito que al concluir la guerra llega a hacerse realidad. Las cartas a madrinas de guerra tienen casi siempre una estructura fija. Existen fórmulas propias para los saludos y para las despedidas una vez que ambos aceptan iniciar el intercambio epistolar. Ellos suelen comenzar con un «Mi querida Madrina o madrinita», mientras que ellas emplean el «Apreciable ahijado». Los términos de madrina y ahijado son sustituidos por los nombres propios, pero esto sólo ocurre cuando la correspondencia entre ambos se ha convertido ya en algo cotidiano, habitual. En las despedidas siempre está presente el deseo de recibir contestación y junto a ello es común encontrar exclamaciones y fórmulas propias de los bandos contendientes. Los temas se van repitiendo de unos modelos a otros. Escribir y recibir cartas son dos de los momentos que vertebran la vida del soldado y que influyen de manera decisiva en su estado anímico. Por ello, el protagonismo en la correspondencia entre madrinas y ahijados recae en las cartas mismas y en las ocupaciones, actividades y preocupaciones del soldado: reflexiones sobre la necesidad de verse correspondido por escrito, narración detallada de las actividades que desarrolla en campaña o los sucesos que van aconteciendo en las distintas posi-

<sup>29</sup> *Manual de cartas (Modelos)...*, p. 7.

ciones, la alegría que proporciona recibir noticias del otro, la descripción del estado anímico o la función de la carta de la madrina como símbolo del compromiso patriótico y moral equiparable a la labor que el soldado desarrolla en el frente. Tampoco faltan las declaraciones de amor, las confesiones más íntimas o los deseos y sueños por realizar. La carta suele ir acompañada, además, de otros envíos y peticiones, cuyo contenido se describe también por escrito (fotografías, libros, ropa, comida, dulces o tabaco suelen ser los más habituales):

Simpatiquísima madrinita:

Recibí hace un momento tu saladísimas carta y con ella la enorme alegría de tu fotografía. Ya sabía yo que mi Madrina era guapísima, a pesar de la serie de inconvenientes que has puesto hasta decidirme a enviármela. Chica, me gustas una barbaridad y con una chica como tú soy capaz de ir yo solo a conquistar el mundo entero. ¿Pero es posible que tanto temor tuvieras de que te conociese con esa cara que te gastas? [...]

Te voy a pedir un gran favor. El frío se avecina y nada mejor para pasar las noches de guardia a la intemperie, muchas veces, que fumándose de vez en cuando un cigarrillo. Claro que esto tú no lo comprenderás, pues crearás que para abrigarse nada mejor que una manta ¿verdad? Efectivamente, eso es muy bueno, quita el frío que «viene de fuera», pero el cigarrillo sirve «para ese, para el de dentro y además... acompaña». Sí, acompaña, no lo dudes, yo supongo que me entenderás bien. Así que aunque sea abusar de tu amabilidad, te voy a pedir que cuando te sea posible me envíes algún tabaco, que me haga pasar el tiempo menos solo y a la vez me acordaré de ti una vez mas, cuando las espirales de humo envuelvan tu grácil figura haciéndome creer que estás a mi lado acompañándome en mi soledad.

No juzgues de abuso mi petición. Fiado en tu franca amistad y viendo en ti a la mujercita buena que sólo desea proporcionar bienestar a su ahijado, que de veras le corresponde, es por lo que me atrevo a hacerte este ruego.

Escríbeme muy pronto. No puedes suponer la alegría que proporciona una carta y si ésta es de una mujer joven y bonita como lo eres tú, el placer es inmenso, haciendo olvidar las nostalgias que a veces se sienten por la carencia de cariños próximos.

Adiós, Madrinita. Recibe un apretón de manos muy fuerte de tu ahijado,

RAFAEL<sup>30</sup>.

En suma, unas cuantas ideas nada más, para comprender este caso específico. Analizar los manuales epistolares para soldados, con la figura de la madrina de guerra como símbolo de identificación y diferenciación por excelencia de los mismos, contribuye al reconocimiento de la importancia de la carta como práctica social y fenómeno histórico. La producción, difusión y empleo de los

30 José Daporta González (Mari-Carmen), *Cartas de amor y amistad...*, pp. 61-63.

manuales en la Guerra Civil española viene a demostrar, una vez más, que las necesidades y formas de vida que rodean al individuo determinan las características del producto escrito y modifican el significado que el escribir tiene para quienes lo emplean. Las cartas, entendidas tanto en sus manifestaciones prácticas —las que realmente se escribieron—, como teóricas —las que se emplearon como modelos en los manuales— fueron en este «tiempo de silencio», parafraseando al historiador Michael Richards<sup>31</sup>, no sólo espacios para la sociabilidad, para las relaciones con los otros, sino también de privacidad, verdaderos refugios del yo y de la intimidad.

### 6.2. *Cartas desde el pupitre: el manual en la escuela*

Que la carta estaba presente en la escuela en el período que nos ocupa, es decir, que los maestros enseñaban a escribir cartas a los alumnos y que se empleaban libros en los que éstas cobraban protagonismo, es una evidencia que queda reflejada en numerosos testimonios de la época. Por ejemplo, César González Camarero, rescatando sus recuerdos de los años de escuela allá por la década de los años 30 para escribir sus memorias, cuenta que de entre los libros que empleaban en las clases de lectura y escritura se encontraban «las fábulas de Samaniego y un libro manuscrito lleno de modelos de cartas de escritura cada vez más enrevesada y de tema casi siempre comercial, con el cual todos ensayábamos a hacer rúbricas, imitando las del libro»<sup>32</sup>. Si bien no se puede dudar de que la lectura y la escritura constituían los dos polos principales en torno a los cuales se estructuraba el programa educativo desde la segunda mitad del siglo XIX a la primera mitad del siglo XX, igual de cierto es que la presencia de la carta en las aulas nos lleva a considerarla como protagonista indiscutible en el proceso de aprendizaje de dichas capacidades. Iniciar al niño en el arte epistolar era adiestrarle en la lectura de documentos usuales en la vida diaria. Además, el ejercicio de redacción que implicaba la escritura de la carta era fundamental para la adquisición de una mínima competencia gráfica —mínima en cuanto necesaria— para que el niño pudiera desarrollarse con éxito en el seno de la sociedad, en las relaciones con los otros y, en fin, en el conocimiento de sí mismo.

Antes de continuar quería advertiros de que cuando empleo el término manuales epistolares para niños lo hago en el sentido más amplio posible, es decir, incluyendo junto a los manuales de cartas propiamente dichos, otros libros de lectura que adoptan la forma epistolar para narrar una historia o

<sup>31</sup> Michael Richards, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona: Crítica, 1999.

<sup>32</sup> César González Camarero, *Recuerdos y reflexiones*, Valladolid: Difácil Editores, 2001, p. 18.

cuyos protagonistas entablan un intercambio epistolar que queda reflejado en las páginas del libro, y, fundamentalmente las denominadas *Lecturas de Manuscritos*; es decir, aquellos libros que, como bien indica su nombre, su carácter de letra original es igual o parecido al que se hace con la pluma al escribir y cuya finalidad no era otra que la de enseñar a leer y escribir al niño documentos cotidianos, como las cartas, y familiarizarle con la letra manuscrita. Todos ellos, sin embargo, tienen en común la atención a la carta en sus diferentes usos y funciones y la concepción de la misma como un instrumento necesario en el desarrollo del niño y su inserción en la sociedad. La importancia de la carta en la vida diaria y la necesidad cada vez más creciente de aprender a escribirla se refleja, por ejemplo, en los prólogos de los distintos autores, en su gran mayoría maestros e inspectores de educación. Valga como ejemplo éste de la maestra Ester Borrell de Valls que precede a su *Nueva guía epistolar para escolares y adultos*, publicada en Barcelona por la Imprenta Puig en el año 1932:

Si convenimos que la carta es el vehículo de que nos valemos para transmitir nuestras impresiones y para expresar nuestros afectos en lo que a la amistad de las personas ausentes atañe, habremos también de reconocer que ella, asimismo, nos sirve de instrumento para manifestar por escrito lo que deseamos, somos, pensamos y sentimos en determinados momentos de nuestra vida. Razón por la cual se comprende y justifica el noble y común afán de los padres y de los maestros de instrucción primaria, de que los niños, desde la más temprana edad, se ejerciten en el aprendizaje y práctica de exponer, con soltura y precisión, y con estilo personal y propio, los extremos a que antes nos hemos referido, para no verse en la necesidad de confiar, tal vez a extraños, sus asuntos más íntimos, que en muchos casos y por distintos motivos, se reservan o no se interpretan con la debida fidelidad. De ahí, pues, la importancia que tiene en la escuela primaria la práctica en la redacción y muy especialmente la enseñanza y el cultivo del arte epistolar<sup>33</sup>.

El estudio de la carta en la escuela aporta, desde luego, nuevas perspectivas para el análisis de la escritura y la lectura, de las funciones que éstas asumen, las formas materiales en las que se presentan y la concepción que de las mismas se tenía entonces. Los modelos epistolares reproducidos en los manuales constituyen, además, un bonito mirador desde el que asomarse a los comportamientos y actitudes, a las normas y convenciones, que se pretenden inculcar al alumno, puesto que las reglas que guían la lectura y escritura de cartas en el

33 Ester Borrell de Valls, *Nueva guía epistolar para escolares y adultos*, Barcelona: S. Puig, 1932, pp. 9-10.



ámbito escolar tienen como fin último la socialización del niño. De ahí que la ideología que impregna las páginas de estos libros escolares los presente también como instrumentos portadores y difusores de una determinada concepción del mundo y de la vida, de unas creencias y unos valores concretos que van variando y modificándose dependiendo del momento histórico en el que nos situemos.

Los manuales para niños que se publican en estos años son libros de pequeño formato, cuya extensión oscila entre las 100 y las 200 páginas, y que se venden a bajo precio, unas 2 ó 3 pesetas. Los primeros manuales de cartas infantiles, concibiendo el libro de texto tal y como lo concebimos hoy, los encontramos alrededor de 1850, año que por otro lado se caracteriza por el empeño en la difusión de la enseñanza pública y la creación de escuelas. A partir de 1930, aproximadamente, es ya extraño que se escriba este tipo de libros y en su mayoría lo que nos encontramos son reediciones de finales del siglo XIX o de la primera y segunda décadas del siglo XX que han sufrido algunas modificaciones, adaptaciones o ampliaciones, aunque en otras ocasiones los ejemplares son completamente fieles a la primera de las ediciones. Sorprende especialmente su perduración en el tiempo, llegando algunos a publicarse a lo largo de más de 50 años, como es el caso de la conocida obra de Esteban Paluzié y Cantalozella, la *Guía del artesano*, cuya primera impresión corresponde al año 1858 y que en 1962 aún continuaba publicándose. Con respecto a esa larga vigencia muchos autores han señalado que los manuales pudieron constituirse en un verdadero medio de comunicación intergeneracional, en un nexo de conservación de las tradiciones y hasta en un objeto de transmisión patrimonial<sup>34</sup>.

El manual escolar se diferencia desde el punto de vista material del resto de los manuales por las características que presentan sus cubiertas. En la mayor parte de los casos están ilustradas en color y suelen representar generalmente a niños y niñas leyendo o escribiendo (FIG. 10). Junto a las cubiertas es bastante



FIG. 10. Cubierta del manual de Federico Torres, *Cartas de niñas*. *Manuscrito escolar*, Madrid: Magisterio Escolar Español, 1927.

<sup>34</sup> Agustín Escolano Benito, «El libro escolar y la memoria histórica de la educación», en el catálogo de la exposición *El libro y la Escuela*, Madrid: ANELE; Ministerio de Educación y Ciencia; Ministerio de Cultura, 1992, p. 77.



A. Bastos Goma  
Bilbao del Río

Carta 11 Junio ...

Mi estimado Andrés tengo la satisfacción de anunciarte que algo en este momento de las nebulosas y que por la brevedad de los días examinados he obtenido la nota de sobresaliente. El verbi, el haber ha cubierto mis mejillas y por más que he tratado de disminuirlo, la alegría en que recibas me hacia salir y salir a un mismo tiempo.

Ahora, más tranquilo ya pienso en cuanto a un diploma tu con carta veniente a tu gusto. Ahora, pues, que no lo dices y ahora con que nuestros propósitos por una de las nuevas ignorancia, estaríamos sumidos en ella hasta la vida.

Por lo que puedo estaré más de un año a la espera de mi parte, volviendo a la muy extraña de la persona que te quiere mucho.

Andrés y

— 30. —  
La presente carta, te habra' anunciado  
ya una desgracia, si es así efecto:  
mi alma acaba de sufrir un suceso en  
bata: Claudio, que hasta esperaba  
mi sola alegría, acaba de darme  
al contrario a la misma idea de  
tristeza. Lo que también me  
pasa y que has sabido por otras  
mal esta, podría considerarse acor-  
do de mi dolor. En las primeras  
semanas, por el momento he y  
una idea viene pensando al  
estar la pluma porque mi color  
se desvaneció y no puedo continuar  
la idea. Luego con

Andrés y

FIGS. 12 y 13. A. J. Bastinos y L. Puig Sevall, *Mosaico literario epistolar para ejercitarse los niños en la lectura de manuscritos*, Barcelona: Imprenta Elzeviriana y Librería Camí, 1941, pp. 9 y 30.

27

## Diligencia

Querida niña:

No es ninguna amigueta  
tuya quien escribe, sino yo, tu mamá  
tía, quiero contestar a tu carta, que no  
se si alcanzárais exactamente todo lo  
que me ha desagrado.

Lo único bueno que hallo en  
ella es la sinceridad. No te gusta  
mentir y esa es una virtud estimada  
una. Pero el resto de tus líneas...

¿Sabes bien lo que ocurriría  
si todos pensásemos  
como tú piensas? Si tu  
papa, por pereza, no  
trabajase tú no podrías  
comer, porque los ate-  
mentos no se dan gra-  
cias a tus padres, si  
al pensadero y  
al comestible.



26

## La pereza



Mi querida Marucha,  
de lo contrario:  
nuestro maestro tiene  
mucha razón: soy una  
pereza.

No has  
hecho los  
dibujos por  
pereza; luego tarde a  
date por pereza, y si no siento envidia de  
nuestro aplicación y aprovechamiento, mi-  
del error que es por pereza también.

Lo mismo me da ser la primera que  
la última y lo que me gusta si que no me  
preguntas la lección, no sólo porque me da  
que contestar, sino porque vosotros es más  
de mí y la pereza me molesta.

Lo que hago mal, pero qué voy a hacer  
lo, soy así.

Tu amiga, Genoveva

FIGS. 14 y 15. «La pereza» y «Diligencia», en Federico Torres, *Cartas de niñas*. Manuscrito escolar, Madrid: Magisterio Escolar Español, 1927, pp. 26 y 27.

estrechamente ligada al carácter de quien escribe y a lo que se desea comunicar (FIGS. 14 y 15). En este sentido, los manuales epistolares para niños pueden ser también considerados como tratados de urbanidad o de las

buenas maneras, es decir, como obras que sirvieron claramente de vehículo para la consolidación de unos códigos sociales y morales específicos que trataban de inculcar a los niños los principios de la buena educación o los buenos modales<sup>35</sup>.

No puede dudarse de que los manuales que adoptaron el género epistolar, al igual que el resto de manuales escolares, fueron instrumentos portadores de la ideología dominante, elementos adoctrinadores y difusores de los valores sobre los cuales se asentaron en cada momento histórico las clases que detentaban el poder. En este contexto, los manuales constituyen un testimonio más de la instrumentación de la que ha sido objeto el ámbito educativo a lo largo de la historia. La metodología, los contenidos, los materiales didácticos, la organización de la enseñanza y los comportamientos y conductas, tanto de profesores como de alumnos, han estado siempre en función del sustrato ideológico que impregna todas las parcelas de la vida. Los manuales escolares, y entre ellos los epistolares, fueron el reflejo de la concreción práctica de los principios teóricos primero de la República y, tras la Guerra Civil, de la dictadura franquista. En contraste con las ideas de democracia, solidaridad y el derecho de todos a acceder a la cultura difundidas en los libros a partir de abril de 1931; desde el estallido del conflicto encontramos páginas cargadas de consignas y discursos que desarrollan los pilares ideológicos del franquismo, relacionados en su mayoría con el deseo de inculcar el amor a la Patria y a Dios, las diferencias de género y clase social, y el respeto a la familia y al poder establecido. No es extraño, por tanto, encontrar en este tipo de libros máximas morales, fragmentos de la historia de España tergiversados o reproducciones de imágenes o discursos de Franco, como éste que sigue, extraído del *Primer libro de lectura manuscrita para uso de las escuelas elementales y de párvulos*, obra de Antonio Balmaña y Ros, publicado en 1941 en Barcelona por la Imprenta Ezelviriana y Librería Camí y titulado por su autor como «Hermosas palabras de un discurso del Caudillo»:

¡¡Arriba España!! Créase que España era un país en decadencia y hemos visto cómo ante el peligro en que se veía la Patria sus hijos han acudido por legiones a defenderla. Este ¡¡Arriba España!! que es el resurgir de un pueblo; este ¡¡Arriba España!!, que lleva el dinamismo de toda la raza española; este ¡¡Arriba España!! que no se opone al viva contemplativo anterior, sino al contrario, lo eleva, lo hace

35 Sobre los manuales de urbanidad remito a Jean-Louis Guereña, «Los manuales de urbanidad», en *Historia ilustrada del libro escolar en España. Del antiguo régimen a la segunda república*, dir. Agustín Escolano Benito, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997, vol. 1, pp. 467-499.

mayor, porque hoy es el grito de guerra, el grito de sangre; es el grito de la juventud<sup>36</sup>.

Los manuales de cartas para niños pueden verse, por tanto, como reflejo de una realidad, la de la escuela de finales del siglo XIX y mediados del siglo XX, y de un método educativo, aquel que concibe la enseñanza de la lectura y la escritura de manera simultánea. Dos elementos, fundamentalmente, nos permiten reconstruir el contexto escolar de entonces: la inclusión en las páginas de los manuales de muy distintos ejercicios a desarrollar por el niño en la clase y la constante presencia de la escuela en los modelos epistolares que se ofrecen a los alumnos. Así, por ejemplo, la carta puede ser empleada en el aula como medio de enseñanza de las reglas de ortografía y gramática. Lo vemos, por ejemplo, en la *Guía del artesano* de Paluzié anteriormente citada, cuya división de los modelos de cartas es ya significativa a este respecto. En la página 55 comienza un apartado que titula: «Cartas en que juegan palabras de sonidos semejantes y significados diferentes, ya por su colocación, ya por su ortografía». El procedimiento empleado es subrayar las palabras que el niño debe memorizar, como podemos ver en el fragmento de la carta que sigue: «Muy S. mío y amigo: Contestando a su grata del 7, debo decirle que el artículo que me pide, en la actualidad no abunda mucho, por haber venido unos valencianos que compraron toda la existencia; más si usted puede esperar *hasta* la próxima semana, confío remitirle una *asta* como muestra»<sup>37</sup>. Como apoyo a este aprendizaje de las reglas gramaticales y ortográficas es muy común que los manuales incluyan en sus últimas páginas, a modo de anexo, listas de palabras de escritura dudosa y abreviaturas, lecciones acerca de las palabras monosílabas y bisílabas, de los homónimos y los antónimos, la conjugación de verbos, las situaciones en las que se deben emplear las letras mayúsculas y minúsculas, así como oraciones, poemas, cuentos, composiciones, canciones o ejercicios para el dictado.

La carta es igualmente utilizada como práctica de lectura, pues se pretende despertar en el niño la capacidad de comprensión, pero también se persigue que éste obtenga facilidad y soltura en la redacción y una buena y correcta expresión escrita. De ahí que las cartas puedan parecernos a veces composiciones de temas que, a pesar de adoptar la forma epistolar, nada tienen que ver con los motivos más usuales por los cuales alguien se dispone a escribir una carta. De hecho,

36 Antonio Balmaña y Ros, *Primer libro de lectura manuscrita para uso de las escuelas elementales y de párvulos*, Barcelona: Imprenta Elzeviriana y Librería Camí, 1941, p. 28.

37 Esteban Paluzié y Cantalozella, *Guía del artesano. Contiene los documentos de uso más frecuente y 240 caracteres de letra*, Barcelona: Imprenta Elzeviriana y Librería Camí, 1941, p. 55.

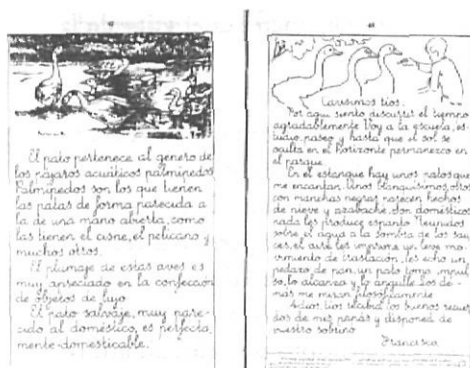


FIG. 16. «Lecciones sobre animales», en Alberto Montana, *Lecturas manuscritas*, Barcelona: Salvatella, 1941, pp. 42-43.

libro *Cartas de Leonardo. Correspondencia de un niño* (Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1933). Ambos se basan en el intercambio epistolar que durante un curso completo desarrollan entre sí los niños o niñas de una misma clase. Pero guardan algunas diferencias. En el primer caso, cada niño ha de escribir semanalmente una carta a otro niño o al maestro, en la que debe contar los hechos que más le han impresionado, las cosas que ha aprendido, los problemas con los que se ha encontrado, las discusiones con otros compañeros, su comportamiento en determinadas circunstancias, etc. En el segundo caso, a partir de una situación ficticia, que en el libro en cuestión es que un compañero debe irse de la escuela porque se va con sus padres a vivir a otra ciudad, los niños, con el fin de no perder la relación con él, le han de escribir diferentes cartas contándole lo que hacen y aprenden en clase.

Otro de los ejercicios de redacción más comunes es el seguido por Rafael Bori y Juan Muñoz, quienes en su libro *Sistema Cots. Correspondencia general*, tras la presentación de varios modelos de cartas como ejemplo, proponen a los alumnos una situación ficticia a partir de la cual deben ser capaces de escribir una carta. Por ejemplo, en la página 44 comienza un capítulo acerca de «Cartas de encargos y peticiones». Los autores dan un modelo, que titulan «A un hermano, interesando la compra de unos libros», y varias páginas después, a partir de ese modelo, el alumno debe ser capaz de redactar otra carta similar en función de la situación que se le expone. Vemos, por ejemplo uno de los ejercicios que el alumno ha de desarrollar, denominado *Minuta nº 42*:

«De parte de nuestra madre, escribimos a una tía encargándole dos madejas de lana». En nombre de nuestra madre, escribimos a una hermana suya. Des-

parecen dejar de lado los formalismos y normas de la correspondencia dando preferencia a la explicación de un objeto determinado, de un fenómeno natural, breves lecciones de historia y geografía o animales (FIG. 16). De los muchos procedimientos empleados para la consecución de estos fines llama la atención el elegido por los maestros Federico Torres, en su libro *Cartas de niñas. Manuscrito escolar* (Madrid: Magisterio Escolar Español, 1927) y Benigno Ferrer y Domingo en su

pués de saludarle, nos interesamos por el estado de nuestro primo Miguel, actualmente enfermo de una afección gripal, deseándole una rápida y franca mejoría, e invitándole a pasar la convalecencia entre nosotros, ya que el aire del campo y la más sana alimentación del medio rural en que vivimos contribuirán grandemente a su total restablecimiento. Añadir que estando nuestra madre haciendo un jersey y faltándole lana, por no haberla podido encontrar en el pueblo, le agradeceríamos compre un par de madejas de la misma calidad y color que la muestra que adjuntamos. Decidle que las lleve a casa del recaudero de ésta y, con saludos para todos los familiares, despedirse cariñosamente<sup>38</sup>.

Y ya que hablamos de cartas, no faltan entre toda esta variedad de ejercicios y actividades los modelos que tratan de enseñarle al niño las reglas que guían la escritura de las mismas. Su lectura, desde luego, contribuía a la interiorización de éstas, que en *El manuscrito de Elena*, de Eugenio García y Barbarín se nos presenta como un original diálogo epistolar entre la maestra y las alumnas. Se emplean así cartas para hablar de cartas:

Querida discípula: No comprendo que te asalten tantas dificultades al querer escribir una carta.

Una carta no es otra cosa que una conversación por escrito entre dos personas ausentes. Y así como la conversación ha de ser *clara, sencilla y fácil* para que nos podamos entender.

Cuando hablas quieres ser entendida de quien te escucha: pues eso mismo debes procurar en tus cartas; pero es evidente que a toda clase de personas no te dirigirás del mismo modo. A los superiores con respeto, a los iguales con llaneza y a los inferiores con cariño; pues de la misma manera has de proceder en las cartas y aun estoy por decir que con más miramientos. ¿Sabes por qué? Porque las palabras una vez salidas de la boca no se pueden recoger, y lo escrito está siempre patente. Además, el estilo o gusto particular de una persona al escribir es un indicio muy cierto para juzgar de su instrucción y educación. Mejor se juzga de una persona por lo que escribe que por lo que dice; y por eso es preciso que las palabras de un escrito estén en armonía, no solo con su inteligencia, sino con la clase de persona a quienes se escribe.

Para expresarte con claridad nada de términos equívocos, nada de ambigüedades.

La sencillez es otro rasgo característico de las cartas, y esto se consigue sin amontonar palabras, sin emplear como se dice vulgarmente *muletillas*, que no son más que pleonasmos viciosos o repeticiones inútiles.

<sup>38</sup> Rafael Bori y Juan Muñoz Corripio, *Sistema Cots. Correspondencia general. Método práctico*, Barcelona: Cultura, 1943, p. 48.

La facilidad se logrará no empleando palabras rebuscadas ni conceptos oscuros prefiriendo decir *poco y bien a mucho y mal*, porque suele decirse y con razón *que lo mejor es enemigo de lo bueno*.

No puedo más por hoy. Hasta dentro de poco se despide de ti tu maestra Elena<sup>39</sup>.

Si bien, como acabamos de ver, los ejercicios desarrollados en torno a la carta nos aportan una interesante y novedosa información acerca de algunos de los métodos educativos que se empleaban en la escuela y de los contenidos y valores que se pretendían inculcar a los alumnos, los modelos de cartas que los manuales para niños presentan y difunden reúnen también la característica de darnos a conocer el ambiente escolar. Los modelos epistolares que tienen como tema la escuela reafirman la importancia de la carta como medio educativo y su constante presencia en la vida diaria. Encontramos cartas que describen las actividades y fiestas escolares, cartas que nos muestran las relaciones entre los maestros y los alumnos, son muy comunes aquellas en las que los niños se disculpan por su mal comportamiento o aprovechan la fiesta onomástica u otra circunstancia similar para felicitar al maestro y agradecerle su labor; pero las más interesantes son, sin embargo, las que refieren los avances que el niño va realizando en el proceso educativo. Así los alumnos escriben a sus padres para notificarles, por ejemplo, las notas de los exámenes o su primera experiencia epistolar, como ésta que sigue:

... 20 de diciembre de 19...

Queridísimos padres: Mi primera carta es para Vs. Todo lo que va de curso he puesto empeño en aprender a escribir y ha llegado el momento deseado de prepararla. El cartero se la llevará, y gozaría yo mucho oyendo lo que digan cuando la lean. Es de su hijo pequeño y tendrá defectos; pero Vs. me dispensarán ¿verdad?

Todos estos días, ante el Belén de la clase, he rogado mucho al niño Jesús por mis amadísimos padres. Que en la Navidad próxima bendiga a Vs., a mis hermanos y a mí, para que todos seamos muy felices.

El Sr. Maestro ha puesto también mucho empeño en que les mande esta felicitación, y la hago con todo mi cariño de hijo.

Un abrazo muy fuerte para todos y muchos besos de Ángel<sup>40</sup>.

39 Eugenio García y Barbarín, *El manuscrito de Elena: cartas instructivas y familiares*, Madrid: Hernando, 1929, pp. 6-7.

40 Mariano Lampreave Compáins, *Manuscrito segundo para niños, niñas y adultos*, Pamplona: Iberia, 1944, pp. 115-116.



En fin, en los manuales escolares la carta adquiere una nueva dimensión que la sitúa en un lugar central en el desarrollo del niño. Aprender a escribir cartas, comunicar sentimientos, pensamientos, sensaciones y deseos, formaba parte de la enseñanza básica y contribuía a despertar las capacidades de escritura y lectura, expresión y comprensión; así como al mejor conocimiento que el niño tenía de sí mismo y de su entorno. Seguir las normas para su correcta redacción implicaba, además, vivir de acuerdo con otras reglas no escritas, perfectamente perceptibles en los modelos epistolares, cuya difusión constituía la clave para socializar a los alumnos. El puesto que se le concedía a la epístola en la educación infantil la convertía en un instrumento privilegiado en la conformación ideológica, en la legitimación y difusión de los códigos dominantes en una sociedad concreta y en un tiempo específico. Cartas y manuales son en este contexto objetos culturales, espacios de memoria, y como tales, están impregnados de normas, valores y convenciones. El hecho de que el libro escolar —y ya no sólo el manual epistolar— diera cada vez más atención a los escritos de uso cotidiano demuestra la concepción que de la carta se tenía entonces. Fuente primaria de información, instrumento básico de comunicación, era una herramienta indispensable para participar socialmente.

## 7. DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA

Hoy, como cada quince días, recibimos la consabida postal de mi padre, ya que sólo pueden escribir en tarjeta postal debido a la censura, todas sus misivas hablan de que nos quiere mucho, que no nos olvida, que pronto nos reuniremos los tres, que estamos en su mente y pronto vendrá a abrazarnos. Yo soy el lector de tales mensajes, se las leo a mi madre y luego las contesto, procuro leerlas rápido, pues mi madre se acongoja y le saltan las lágrimas, pero entonces mira hacia otro lado para que yo no lo vea y me obliga a repetir la lectura hasta dos o tres veces, luego me manda contestar en otra tarjeta postal diciéndome que escriba muy apretado para poder decirle más cosas a mi padre [...] Todas las tarjetas empezaban así: Querida esposa e hijo, me alegro que al recibo de ésta os encontréis bien de salud, yo bien por el momento... luego la consabida pena por la separación, el dolor por no poder ver a los suyos... y tantos deseos, tantos minutos perdidos, tantos días, tantos años... luego venía la consabida despedida... recibid un fuerte abrazo de este que os quiere<sup>41</sup>.

Estas palabras corresponden a Manuel Pato Manzano, autor de *Mater Admirabilis*, una de las últimas obras ganadoras del Premio de Memòrialismo Popular que

<sup>41</sup> Manuel Pato Manzano, *Mater Admirabilis. Vivencias de la guerra civil en Asturias*, Barcelona: Viena, 2003, pp. 280-281.

anualmente convoca el Arxiu de La Roca del Vallès (Barcelona), uno de los pocos archivos de la escritura y la memoria popular que existen en España, y que tiene como objetivo, como bien indica su nombre, conservar todo tipo de escritos y testimonios de personas corrientes para que así su memoria pueda superar al tiempo. En esa memoria, Manuel Pato relata su experiencia como niño de la guerra, su infancia marcada por el encarcelamiento de su padre, soldado republicano, y derivado del mismo, la salida precipitada de él y su madre del pueblo donde vivían en Asturias a la capital, Oviedo, para ir a vivir junto a sus abuelos. La memoria es sobre todo una alabanza a su madre en aquellos años difíciles (de ahí el título), pero lo que más nos interesa es el capítulo al que pertenece este fragmento, un capítulo titulado «Las cartas de mi padre», en el que el autor relata cómo eran las cartas que su padre les escribía a ambos desde la prisión. Evidentemente es fácil sacar las conclusiones del texto.

El niño recuerda la estructura de las cartas, concibe la carta al tiempo que la norma, conoce las fórmulas de saludo y despedida, la materialidad que éstas tenían —la tarjeta postal—, y qué implicaba este formato que, a diferencia del papel, obligaba a escribir apretado para poder contar más. Las normas se extienden y llegan a las capas más humildes, como la familia de nuestro protagonista, una familia en la que además, podemos suponer, que al ser el encargado el niño de la lectura y la escritura de las cartas es que la madre era analfabeta. La carta, enseñada en la escuela, da lugar a ese salto generacional por el cual los niños se convierten en el referente cultural. Al niño se le enseña en la escuela a escribir y leer las cartas, como bien refleja este testimonio. Pero tenemos otras pruebas de que esto era así. Quizás las más evidentes sean las que aparecen en los propios materiales que los niños empleaban en las escuelas, los cuadernos de clase. Sirva como ejemplo éste del niño Ramón Arteaga Calonge, natural de un pueblecito de Ciudad Real, Campo de Criptana, y alumno, como se puede leer en la cubierta, del Colegio Teresiano de dicho pueblo. En una de las páginas de ese cuaderno, precisamente, el ejercicio que Ramón tiene que desarrollar no es ni más ni menos que una «Carta de felicitación de Navidad». Corre el año 1941 y Ramón tiene 9 años (FIGS. 17 y 18).

Las cartas estaban presentes en la escuela, como bien nos demuestra el cuaderno de Ramón, pero también las cartas salieron de los frentes durante la contienda de manos de los soldados, como nos muestra esta otra carta que el soldado José Verdejo Fuentes, del Primer Batallón de Infantería de Marina, le escribe a la señorita Dolores, vecina de Calatayud, el 9 de junio de 1938 (FIGS. 19 y 20):

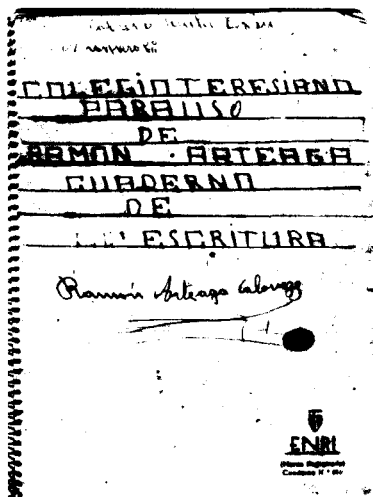


FIG. 17

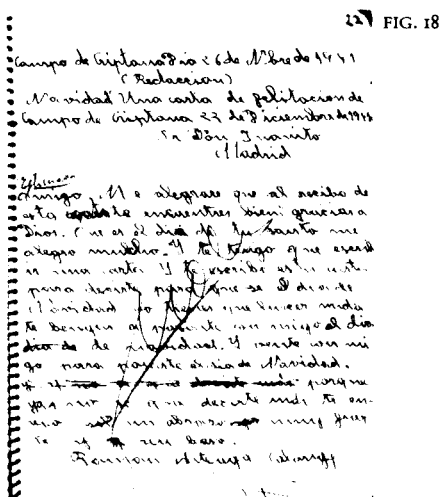


FIG. 18

FIGS. 17 y 18. Cubierta y página interior del cuaderno de escritura de Ramón Arteaga Calonge, de octubre de 1941 a febrero de 1942, Colegio Teresiano de Campo de Criptana, Ciudad Real.

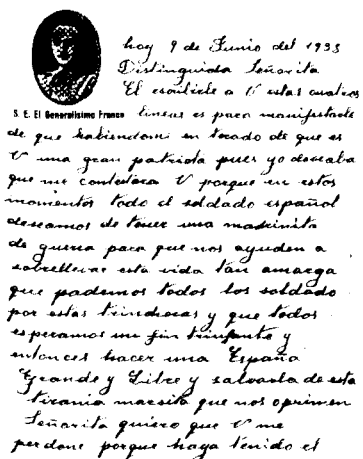


FIG. 19

a las señoras de distinción a V  
han amable y tan entusiasta que me  
desprecia V este pequeño favor que  
le pido este humilde soldado  
Y un mas por esto me siento  
después de esto soldado de  
mañana que debas de las  
barreras españolas de madrugada  
José Verdejo Fuentes  
Diciembre  
1. Batallón de Infantería de  
Málaga 1. compañía  
Estafeta de Pamplona n. 59  
una la madrinilla bajada alta  
viva el ejército viva Franco  
viva Infantería de Málaga

FIG. 20

FIGS. 19 y 20. Carta del soldado José Verdejo Fuentes a la señorita Dolores para solicitarle sea su madrina de guerra, 9 de junio de 1938, r y v. Colección particular.

Hoy 9 de junio del 1938

Distinguida Señorita

El escribirle a V estas cuatros líneas es para manifestarle de que habiendome en terado de que es V una gran patriota pues yo deseaba que me contestara V porque en estos momentos todo el soldado español deseamos de tener una madrinilla de

guerra para que nos ayuden a sobrellevar esta vida tan amarga que pademos todos los soldado por estas trincheras y que todos esperamos un fin triunfante y entonces hacer una España Grande y Libre y salvarla de esta tiranía marsita que nos oprimen. Señorita quiero que V me perdona porque haya tenido el a trevimiento de dirijirme a V tan amable y tan entusiasta que no despreciará V este pequeño favor que le pide este humilde soldado.

Y sin mas por esto mo mentos se despidе de V este soldadito de marina que detras de las trincheras espera su tan deseada carta

José Verdejo Fuentes

Dirección

1º Batallon de Infanteria de Marina 1º Compañía

Estafeta de Campaña n 89

Viva las madrinita Tejada alta

VIVA el ejército VIVA Franco

VIVA Infantería de Marina<sup>42</sup>

Tanto por el lenguaje —esas expresiones patrióticas— como por la estructura que la misiva presenta y las distintas fórmulas empleadas, la carta representa un claro ejemplo real de esos modelos de solicitud de madrina de guerra que hemos visto en los manuales epistolares del período bélico. Unos cuantos ejemplos, nada más, para demostrar cómo la retórica epistolar inundaba la sociedad del momento y los escritos que ésta producía, es decir, cómo la teoría tuvo realmente una concreción práctica. Junto a todo lo expuesto, los ejemplos reales nos ayudan a comprender cuáles fueron las funciones que los manuales de cartas desempeñaron en la sociedad española de finales del siglo XIX y mediados del siglo XX, qué características tuvieron y qué información pueden aportarnos estos libros para el estudio de la Historia de la Cultura Escrita.

42 Carta de José Verdejo Fuentes a Dolores, 9 de junio de 1938, para solicitarla como madrina de guerra. Fondo de correspondencia particular de la familia. Quiero dejar constancia en estas páginas de mi más sincero agradecimiento a Diego Navarro Bonilla por haberme proporcionado esta bonita documentación y haberme permitido emplearla en mi investigación. Asimismo, advertir al lector que la carta ha sido transcrita sin alteración ninguna, respetando su carácter original.

## RESUMEN

*Desde mediados del siglo XIX el libro dejó de ser un símbolo de distinción y cultura, de elevado precio y difícil acceso, para convertirse en un elemento de uso cotidiano. Dicha transformación se manifestó, además de en los cambios en las características materiales, en la aparición de nuevos géneros, como los libros prácticos, de ayuda y primera necesidad, orientados hacia un nuevo público lector. Los manuales epistolares en la España de la primera mitad del siglo XX se insertan en este contexto de popularización del libro, la lectura y la escritura. Instrumentos para disciplinar la práctica epistolar, sus páginas reflejan también las convenciones y la estructura de la sociedad del momento en que fueron publicados. En este trabajo se analiza su producción y difusión, los modelos y normas que contienen, las tipologías que presentan, la influencia en los mismos del momento histórico en el que se publican y leen y los diferentes usos que de los mismos se hicieron, contemplando la dialéctica que se establece entre la teoría y la práctica.*

## PALABRAS CLAVE

historia de la cultura escrita, escritura epistolar, manuales epistolares, edición, lectura.

## ABSTRACT

*Beginning in the mid-nineteenth century the book ceased to be a symbol of distinction and culture, thanks in part to high prices and difficult access, and became instead an object of daily use. This transformation was seen not only in changes in the material qualities of books, but also in the appearance of new genres, such as practical books designed to serve as helpful guides for a new reading public. Spanish epistolary manuals in the first half of the twentieth century belong to this context of the popularization of books, reading and writing. Instruments for disciplining epistolary practice, their pages also reflect the conventions and structure of society at the time of their publication. This article analyzes their production and diffusion, the models and norms they contain, the typologies they present, the influence on them of the historical moment in which they are published and read, and the different uses made of them, contemplating the dialectic established between theory and practice.*

## KEYWORDS

history of written culture, epistolary writing, epistolary manuals, printing, reading.